Capítulo 8
Conceptos y cambio de percepción del imperio de Carlos V

JOSÉ MARTÍNEZ MILLÁN y MANUEL RIVERO RODRÍGUEZ

8.1. LA «LIBERTAD DE ITALIA» Y EL PODER TEMPORAL DE LA IGLESIA

En 1529, el cardenal de Venecia, Gasparo Contarini, escribió al papa Clemente VII advirtiéndole que no podía aferrarse a una tradición política que había tocado a su fin y había conducido a la Iglesia hacia el desastre y la ruina:

> «Cuanto a las cosas de la Iglesia, hablaré sin ambages. No crea Vuestra Beatitud que el bien de la Iglesia de Cristo sea este pequeño estado temporal que ha adquirido, y que antes de este estado era Iglesia y buena Iglesia. La Iglesia es la universalidad de todos los cristianos. Este estado es como el estado de un príncipe de Italia, adjunto a la Iglesia, pero Vuestra Santidad debe procurar principalmente el bien de la verdadera Iglesia, que consiste en la paz y tranquilidad de los cristianos y postponer por ahora lo respectivo a este estado temporal» [3].

Las palabras del cardenal sintetizan el pasado inmediato de la política papal y, detrás del duro reproche que contienen, indican el agotamiento de una vía puesta en marcha en 1418, después del concilio de Constanza, cuyos puntales fueron la «libertad de Italia» y el equilibrio entre las potencias italianas.

El reproche a la secularización de la política pontificia, aun cuando pareciese obvio, parecía desconocer el camino por el cual se había llegado a ese punto. El aspecto mundano y fuertemente temporal del poder de los pontífices provenía del espacio al que habían sido arrojados por los poderes seculares a raíz de la crisis cismática del siglo XIV, pues la restauración romana y la reconstrucción de la unidad de la Cristiandad se hizo a costa de restringir la autoridad de los pontífices sobre las iglesias de los reinos, limitando su magisterio, jurisdicción y prerrogativas en materia de gobierno eclesiástico [4].

Como consecuencia de la pérdida de autoridad en el marco de la Cristiandad, la Santa Sede se replegó en sí misma, desarrollándose como poder territorial a partir de la reorganización de los Estados Pontificios. Esto dotó de una cierta singularidad al poder papal, hasta el punto de que se ha forjado el tópico de que su modelo organizativo y sus estructuras administrativas, pusieron los cimientos del Estado. La *pontificalis maiestas*, elaborada entre los siglos XIII y XV, sirvió para dibujar un primer boceto de lo que iba o debía ser el poder del príncipe, pues la Iglesia fué el primer poder político que introdujo en Occidente la jerarquía de los tribunales, la implantación de procedimientos administrativos y judiciales uniformes, la fijación del de-

---

[3] Paolo PRODI, *Il Sovrano Pontifice*, Bologna 1982, pág. 47.

[4] *Ibídem*. Págs. 15-40; Walter ULLMANN, *Il Papato nel Medioevo*, Roma-Bari 1999, págs. 313-339; Karl August FINK, *Chiesa e Papato nel Medioevo*, Bologna 1998, págs. 69-76.

mayor temporalidad, hacia una acción secular más decidida al quedar los papas reducidos a príncipes italianos en lo material [11].

A pesar de las dificultades que entrañaban las severas limitaciones impuestas a su potestad, los pontífices se esforzaron por hacer compatible su condición de monarcas temporales y pastores universales, buscando espacios no jurisdiccionales desde donde ejercer su preeminencia, reforzando su carisma como guías de la Cristiandad, recuperando, por ejemplo, el ideal de Cruzada[12].

La Cruzada no necesariamente podía convocarse respecto a una amenaza o un objetivo externo a la *Christianitas*. La obligación del cristiano de contribuir con armas y recursos para defender a la Iglesia en peligro, y al papado como expresión de la misma, incluía la amenaza «política» (tanto o más que la representada por infieles, herejes o cismáticos). La noción de Cruzada tenía así una lectura temporal, pues no eran separables el papado como Iglesia y como Monarquía, y por ello la noción *Pax Itálica* surgió como salvaguarda de la integridad de la Iglesia. Preservar la Paz implicaba mantener la «libertad» de Italia, que pasaba por la constitución de alianzas o confederaciones de príncipes o repúblicas con el papado y que suplantaban el poder temporal y universal del Imperio en la península. Estas alianzas, denominadas *ligas*, asociaban a las potencias italianas bajo un fin superior, la libertad de la Iglesia, dotando al papado de un prestigio y un carisma superiores a todos ellos. Al integrarse *Liga, Pax Itálica, libertad de la Iglesia, libertad de Italia, y Cruzada*, cerraban el espacio italiano dotándolo de un *imperium* propio, presidido por el papado. En 1454, por el tratado de Lodi, la convocatoria de cruzada se complementó con el establecimiento de un sistema de garantías para el mantenimiento de la estabilidad política de Italia, dando lugar al sistema de *equilibrio* que prevaleció hasta 1527, cuando fue reemplazado por la hegemonía imperial [13].

Desde Italia, como base propia territorial, era posible trascender el poder papal hacia una posición preeminente sobre los poderes temporales [14]. Porque, pese a que muchos consideran las iniciativas de Cruzada como una cadena de experiencias frustrantes, detrás de ellas circulaba un proceso de reconstrucción política del primado papal. La carta escrita por Pío II al sultán en 1461, instándole a convertirse, está estrechamente vinculada al sentido con que el pontífice recreaba el ideal de Cruzada. Es seguro que su alegato no tenía como receptor al sultán, se trataba más bien de una «carta abierta» que tenía el carácter de un acto propagandístico, de intimidación a los príncipes cristianos y de reafirmación del poder y autoridad del papado: «Te llamaremos emperador de los griegos y del Oriente, y poseerás con derecho lo que ocupas por la fuerza y mantienes con ultraje. Todos los cristianos te venerarán y te llamarán árbitro de sus contiendas. (...) Podrás sofocar las tiranías que surjan, ayudar a los buenos, combatir a los malos y, mientras procedas siguiendo el recto camino, no te obstaculizará la Iglesia de Roma» [15].

No obstante, a la par que se desarrollaba este papel preeminente y carismático, «políticamente» los papas secularizaban su política, viéndose a sí mismos más como *signori* que como dirigentes espirituales. Los Estados Pontificios lejos de ser un medio se habían transformado en un fin, o como denunciara el cardenal de Venecia en 1529, lo adyacente se había transformado en lo principal y lo principal en adyacente. La centralidad romana se había ido reconstituyendo lentamente por caminos ajenos a lo jurídico-institucional, recuperando una función carismática y de prestigio. De acuerdo con la máxima *Rex est imperator in regno suo*, el papado propendía a hacer de Italia, una de las cinco naciones de la Cristiandad, su propio *imperium*, pero, como observara Maquiavelo: «la causa de que Italia no haya llegado a la misma situación (que España o Francia), y de que no haya en ella una república o príncipe que la gobierne, es solamente la Iglesia. Pues residiendo aquí y teniendo dominio temporal, no ha sido tan fuerte ni de tanta virtud como para hacerse con el dominio absoluto de Italia y convertirse en su príncipe, pero tampoco ha sido tan débil que no haya po-

---

[11] Peter PARTNER, «Comuni e vicariati nello Stato pontificio al tempo di Martino V», Giorgio CHITTOLINI ed., *La crisi degli ordinamenti comunali e le origini dello stato del Rinascimento*, Il Mulino, Bologna 1979, 227-261.

[12] Walter ULLMANN *Historia del pensamiento político en la Edad Media*, Ariel, Barcelona 1992, pág. 155; Michael WILKS: *The problem of Sovereignty in the Later Middle Ages. The Papal Monarchy with Augustinus Triumphus and the publicists*, Cambridge 1964, págs. 411-416.

[13] Riccardo FUBINI, *Italia Quatrocentesca: Politica e diplomazia nell'età di Lorenzo il Magnifico*, Milano 1994, págs. 185-219; Alan RYDER, *El Reino de Nápoles en la época de Alfonso el Magnánimo*,Valencia 1987, págs. 50-56.

[14] W. STINGER, *op. cit.*, pág. 113.

[15] Eugenio GARIN, *El Renacimiento italiano*, Barcelona 1986, págs. 94-95.

dido, por miedo a perder su poder temporal, llamar a un poderoso que la defienda contra cualquiera que en Italia se vuelva demasiado potente» [16].

Pese a la debilidad denunciada, la Curia papal adoptó el papel de una corte principesca con ambición para constituirse como corte de Italia. Los pontífices hubieron de hacerse señores incorporando a las principales cabezas de las élites italianas a su servicio, integrándolos en la corte para hacer de Roma la principal «arena política» de la península. Para ello, como ha subrayado Partner, jugó un papel muy importante el aura de ilegitimidad que envolvía a la mayor parte de los poderes constituidos en Italia. Ya lo señaló Maquiavelo en su definición de *principato nuovo*, el pontífice, con su protección, podía conferir honor y dignidad, transformando las situaciones de hecho en situaciones de derecho, transformando tiranos en señores, sancionando los poderes de unos y otros a cambio de lealtad y del reconocimiento de su preeminencia. La Curia se llenó de cardenales italianos pertenecientes a los linajes que gobernaban ciudades, señoríos, repúblicas y principados de la península. Así mismo, el patronazgo sobre los potentados tenía otra cara, la de abrirles la participación en el gobierno de la Iglesia haciendo de ésta una institución cada vez más italianizada [17].

La «centralización romana» no se produjo tanto en los aspectos técnicos del gobierno y la administración como en el espacio de transacción entre el pontífice y las elites de poder desarrollado en la corte, esto permitió superar incluso el esquema de la paz de Lodi y la articulación de las facciones intra y extra Curia transformó la política de equilibrio en política de equidistancia, en la cual el poder papal emergía a través de la manipulación de tensiones entre partidos y soberanos extranjeros, como agudamente observó Maquiavelo [18].

La fuerza de los pontífices residía en la utilización y manipulación de la fuerza de las potencias en beneficio propio, lo cual acabó por proyectar la problemática del concierto italiano al conjunto de la Cristiandad. Era un juego peligroso, pero quizá fuera la única fórmula viable para mantener el principado y proyectarlo como una realidad italiana. El problema de la reforma, aun cuando la situación moral de la Curia y

---

[16] Nicolás MAQUIAVELO, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, trad. y ed. Ana Martínez Arancón, Madrid 1987, págs. 69-70.

[17] P. PARTNER, *The Pope's Men: The Papal Civil Service in the Renaissance*, Oxford 1990, págs. 150-182 ; J. A. F. THOMSON, *Popes and Princes, 1417-1517*, London 1980, págs. 57-77.

[18] «Antes de que el rey Carlos de Francia viniera a Italia, este país estaba bajo el poder del papa, de los venecianos, del rey de Nápoles, del duque de Milán y de los florentinos. Estas potencias debían tener necesariamente dos preocupaciones fundamentales: la primera que ningún extranjero entrara en Italia con sus ejércitos; la segunda que ninguna de ellas ampliara sus territorios. Quienes ofrecían mayores motivos de preocupación eran el papa y Venecia. Para contener en sus límites a la última era necesaria la unión de todos, como ocurrió en la defensa de Ferrara; y para someter al papa se servían de los nobles romanos, quienes –divididos en las dos facciones de los Orsini y los Colonna– siempre tenían motivos para promover desórdenes públicos. De esta forma, con sus armas desenvainadas ante los mismos ojos del pontífice, mantenían el pontificado débil y sin fuerzas. Y, aunque de vez en cuando surgiera algún papa animoso como Sixto IV, sin embargo, ni la fortuna ni el saber lo pudieron nunca liberar de estas dificultades. Y la causa era la brevedad de su vida, pues en los diez años que como media vivía cada Papa a duras penas podía desbaratar una de las facciones: si, por ejemplo, uno de ellos había conseguido casi anular a los Colonna, surgía otro Papa, enemigo de los Orsini, que los hacía resurgir sin que por otra parte tuviera tiempo de desembarazarse de los Orsini. Todo esto hacía que las fuerzas temporales del papa tuvieran escaso crédito en Italia. Vino después Alejandro VI, el cual –a diferencia de todos los demás pontífices que han existido– mostró hasta qué punto un papa podía ampliar su poder haciendo un uso correcto del dinero y de la fuerza. Por medio del duque Valentino y aprovechando la oportunidad de la venida de los franceses, hizo todo aquello que he expuesto más arriba a propósito de las acciones del duque. Y aunque su propósito no era hacer grande a la Iglesia, sino al duque, no obstante lo que hizo revirtió en la grandeza de la Iglesia, la cual heredó a su muerte –una vez derrotado el duque– el fruto de todos sus esfuerzos. Vino después el papa Julio y se encontró la Iglesia engrandecida con la posesión de toda la Romaña y con los nobles de Roma reducidos a la impotencia gracias a que Alejandro había destruido sus facciones; el nuevo papa encontró además la puerta abierta a los procedimientos de acumular dinero, nunca usados con anterioridad a Alejandro. Julio II no sólo siguió los pasos de Alejandro, sino que fue incluso más allá; pensó ganarse Bolonia, reducir a Venecia a la impotencia y expulsar a los franceses, cosas todas que consiguió con tanto más mérito cuanto que no lo hizo por aumentar el poder de algún particular, sino el de la Iglesia. Mantuvo además las facciones de los Orsini y los Colonna en las mismas condiciones en que las encontró y aunque en ellas hubiera algún jefe capaz de promover desórdenes, sin embargo dos cosas las mantuvieron sumisas: por un lado la grandeza de la Iglesia, que los amedrentaba; por otro lado el no tener sus cardenales, motivo constante de enfrentamiento entre ellos. Jamás se mantendrán quietas estas facciones, mientras tengan cardenales, ya que éstos alimentan en Roma y fuera de Roma las facciones y aquellos nobles estan obligados a defenderlas. Las discordias y los desórdenes entre los nobles nacen así de la ambición de los prelados. Su santidad el Papa León (X) ha encontrado, por tanto, al pontificado elevado a un grandísimo poder; de él se espera que, si sus dos antecesores lo hicieron poderoso con las armas, él lo hará con su bondad y con los otros muchos atributos de su virtud poderosísimo y respetado». Nicolás MAQUIAVELO, *El príncipe*, ed. M.A. GRANADA, Madrid 1978, págs. 69-70

del clero fueran motivo de escándalo para un amplio número de creyentes, nació de las nuevas relaciones que entre la Iglesia y los principados se estaban gestando. Los Estados pontificios tomaron la forma de representación material de la Iglesia y los papas la de príncipes de un territorio. Para muchos de sus contemporáneos, como Nicolás Maquiavelo, Francesco Guicciardini o Erasmo de Rotterdam, el cambio operado por la Santa Sede respondía a una ruptura con la tradición, o al menos con un ideal que se asignaba a la vieja Iglesia y que impulsaba la necesidad de reforma, como vehículo para restaurarla. Los acontecimientos siguieron un curso diametralmente opuesto a las demandas de reforma, en vez de una acentuación de lo espiritual respecto a lo temporal, se produjo exactamente lo contrario. De este modo, todos ellos se refieren a una *nueva* política pontificia, apreciada (en los casos más extremos) como *nueva tiranía*, ya sea en referencia a las campañas militares del cardenal Vitelleschi como a la *fiereza* de Julio II. La *nueva tiranía* responde a su proyección intensa sobre lo temporal, por ser el poder de los papas un poder puramente terreno [19].

Clemente VII, aupado al trono de San Pedro con ayuda imperial, creyó que en la balanza entre las potencias se encontraba la libertad de la Iglesia. Después de la batalla de Pavía persistió en el mantenimiento de dicha política y, finalmente, hubo de plegarse a la hegemonía imperial, una nueva realidad sobre las que no se hacía ilusiones, temiendo que dicha realidad significase, a la postre, la desaparición de la institución papal. Por entonces, se vislumbró la posibilidad de un nuevo orden, enunciado por algunas figuras prestigiosas de la corte papal, como Baldassare di Castiglione, convencido de que el futuro sistema político habría de consistir en un acuerdo o concordia Papa-Emperador que asignase al pontífice la preeminencia temporal en Italia y a Carlos V en la Cristiandad, siendo el primero –en lo temporal– subsidiario del segundo [20].

8.2. Las funciones tradicionales del emperador y las ideas de los humanistas

El concepto de *Monarquía universal* –en la época de Carlos V– asumió dos teorías del pasado sobre las que se basaba la superioridad: una procedente del Derecho romano, que tenía como objeto fundamentar la actividad del monarca en cuanto poseedor del *imperium* o *regimen mundi*; otra, definida por la idea «corporativa» de la Iglesia universal, según la cual, el emperador era cabeza del cuerpo que forma la Cristiandad; esto es, figuraba como el vértice de una compleja jerarquía de poder [21]. Ambas líneas de argumentación no evolucionaron separadas, sino que se combinaron para referirse bien al pontífice o al emperador, ambos portadores de la función soberana universal de la Cristiandad corporativamente constituidas [22]. Tales elementos confluyeron en la descripción de todos los aspectos de la *Monarquía universal*, generando la imagen de una organización con una autoridad que incluía y guiaba a todas las otras y a la que le era confiada la gestión de las funciones de interés común, funciones que no estaban claramente diferenciadas en los dos campos: terreno y espiritual [23].

La concepción teórica de la razón que justificaba la actuación del emperador no fue más que una pequeña parte de los esfuerzos que los tratadistas hicieron en dar una descripción y realizar un análisis de esta forma de dominio. El centro de la discusión consistió en ofrecer una respuesta satisfactoria y coherente a las cuestiones de organización y legitimación de la *Monarquía universal*. En cuanto a su organización práctica, tornó a manifestarse la influencia de la tradición medieval. Los juristas medievales definieron, en un plano teórico, la posición del monarca universal bajo el provecho y ejercicio del derecho: el monarca como fuente de todo poder, sus actos de gobierno constituyeron legislación universal. La ulterior concreción de la acción

---

[19] Christine Shaw, *Giulio II*, Torino 1995, págs. ix-xvii y págs. 215-237.

[20] Mario Pozzi, introducción a Baldassare Castiglioni, *El cortesano*, Madrid 1994, págs. 14-17.

[21] F. Bosbach, *Monarchia Universalis. Ein politischer Leitbegriff der frühen Neuzeit*. Göttingen 1988, pág. 45. J. A. Maravall, *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*, Madrid 1999 (2.ª ed.), págs. 65-66.

[22] Al respecto, O. von Gierke, *Teorías políticas de la edad Media (edición de F. W. Maitlan)*. Madrid 1995, págs. 117-119, (estudio preliminar de B. Pendás). A. M. Hespanha, *História das Instituçoes. Epocas medieval e moderna*. Coimbra 1982, págs. 187 ss.

[23] D. Alighieri, *Monarquía*. Madrid 1992. Estudio preliminar, traducción y notas de L. Robles Carcedo y L. Frayle Delgado, a los que nos remitimos. W. Ullmann, *Principios de gobierno y política en la Edad Media*. Madrid 1985, págs. 255-264. J. A. Watt, «Spiritual and temporal powers», en: J. H. Burns, edit., *Medieval Political Thought*. Cambridge University Press 1991, págs. 367 ss. A. Black, *El pensamiento político en Europa, 1250-1450*. Cambridge University Press 1996, págs. 141-165.

fue obra de la tradición eclesiástica-religiosa, que hundía sus raíces en la doctrina política aristotélica [24]. Los esfuerzos de los comentaristas se dirigieron primordialmente a definir las competencias del poder temporal sobre el modelo de la posición universal del pontífice como cabeza de la Iglesia, que guiaba a los miembros a la salvación eterna, al mismo tiempo que fijaban las competencias del emperador, dividiendo en dos esferas el campo de acción, una mundana y otra religiosa [25].

Desde este planteamiento, al emperador le incumbía el cuidado del bien general y la responsabilidad de mantener la paz y el orden; en el ámbito eclesiástico, debía proteger la Cristiandad, defenderla contra los enemigos externos (los turcos) y declarar la guerra a los herejes, incluso, en opinión de muchos, también le correspondía las funciones de orden en las estructuras internas de la Iglesia cuando el pontífice no las establecía. En suma, la imagen del emperador en su actividad de monarca universal era caracterizada de medida y providencia protectora tanto en el campo espiritual como en el temporal [26]. La idea de *Monarquía universal*, en la época de Carlos V, sirvió de instrumento de argumentación a todos los que intervinieron en la discusión sobre el poder; no obstante, los comentaristas que habían delimitado la imagen de la *Monarquía universal* debieron enfrentarse con los que sostenían una pluralidad de monarcas sin la supremacía de ninguna, si bien, tanto unos como otros partían de los mismos principios, coincidiendo en que al emperador le correspondía asegurar la paz general de toda la Cristiandad, resolviendo los problemas políticos que entrañaba este cometido. Con ello también era misión suya el cuidado de las cosas de la religión y hacer la guerra contra el infiel, para lo que era necesario que hubiera paz entre los príncipes cristianos [27].

Sobre esta idea más o menos vaga y más o menos aceptada, se ensambló el ideal humanista. Haciendo uso del esquema relativamente popularizado de los *espejos para príncipes,* los humanistas del norte de Europa intentaron educar a los monarcas en la ética cristiana que defendían. La influencia del género como tal fue inmensa y ayudó a establecer una pauta de instrucción y un ideal de conducta que se repitió durante buena parte de la edad Moderna. Erasmo produjo la obra que, tal vez, tuvo mayor influjo en todos estos manuales: *la educación de un príncipe cristiano* (1516), dedicado al futuro emperador Carlos V [28]. Buen número de humanistas también escribieron libros de consejos para los cortesanos (nobles, consejeros y magistrados) e, incluso, trataron de seguir carreras como secretarios y embajadores de sus monarcas. No obstante, los humanistas también se sirvieron del concepto de Imperio para justificar la política realizada por Carlos V en Italia. Bataillon calificó esta actitud como el «erasmismo al servicio de la política imperial» [29] y fue desarrollada, eminentemente, a través de los *Diálogos* escritos por Alfonso de Valdés. Ahora bien, la figura de Carlos V que se representa en tales obras, es más una idea, una *presencia,* que un personaje de carne y hueso [30]. Valdés dibujó al buen gobernante con una serie de características cuyo tono de universalidad y abstracción, muy de acuerdo con la *Institutio principis christiani* que Erasmo dedicara a Carlos cuando aún era príncipe [31], contrastaba fuertemente con la realidad, ya que las virtudes que se le atribuían eran las de los cánones cristianos de la virtud. No se planteaba el problema de la realización histórica más que en términos de un triunfo total de Carlos V, y es que Valdés trataba de persuadir a la Cristiandad de la necesidad de la reforma que se debía producir en la Iglesia y dado que su cabeza, el papa, no la realizaba ni guardaba el comportamiento acorde con su cargo, quedaba bajo la responsabilidad de Carlos V. La relación de la batalla de Pavía, compuesta por Alfonso de Valdés, por orden del Consejo de su majestad, terminaba de la siguiente manera:

---

[24] W. ULLMANN, *Historia del pensamiento político en la edad Media*. Barcelona 1983, págs. 161-165.

[25] O. von GIERKE, *Teorías políticas de la edad Media*, págs. 112-114.

[26] Así lo manifestaba, por ejemplo, Postel cuando Francisco I optaba a la corona imperial, C.-G. DUBOIS, «L'empire de la raison et les raisons de l'empire: Rationalisme et nationalisme dans l'ideal de croisade propose par Guillaume Postel a Catherine de Medicis». *Homenaje a José Antonio Maravall*. Madrid 1985, II, págs. 509-520. W. J. BOUWSMA, *Concordia mundi. The career and thought of Guillaume Postel (1510-1581)*. Cambridge (Mass.) 1957, págs. 219-227.

[27] J. A. MARAVALL, *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*, págs. 78 ss.

[28] Q. SKINNER, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, II, pág. 240.

[29] M. BATAILLON, *Erasmo y España*, Madrid 1986 (reed.) págs. 364-460.

[30] M. MORREALE, «Carlos V, Rex bonus, felix imperator». *Cuadernos de Historia Moderna* 3 (1954), pág. 5.

[31] «Illustrissimo Principi Carlo invictissimi Caesaris Maximiliani nepoti Des[iderius] Erasmus Roterodamus S. D.» *Opera Omnia Desiderii Erasmi*. Amsterdam 1974, IV-1, pág. 133 (introducción y notas de O. Herding).

«Toda la cristiandad deue desta vitoria gozar porque sin duda paresçe que Dios, nuestro señor, quiere poner fin en los males que mucho tiempo ha padese, y no permitir que su escogido pueblo sea del turco enemigo de nuestra fe cristiana castigado. El qual en soberuecido con tantas vitorias, amenazado que esta primavera quiere entrar muy poderoso en la Italia con ánimo de sojuzgar toda la cristiandad y ponerla debaxo su tirana e cruel seruidumbre como tiene la Grecia. Ha embiado treynta velas a espiar y tentar toda toda la costa y puertos de la Pulla, Calabria e Sicilia, donde piensa desembarcar, y para obviar a esto, paresce que dios milagrosamente a dado esta citoria al Emperador para que pueda no solamente defender la cristiandad e resistir a la potencia del turco si ossare acometerla, mas assosegadas estas guerras veuiles, que assí se deuen llamar, pues son entre cristianos, yr a buscar los turcos y moros en sus tierras, y ensalçando nuestra sancta fe cathólica, como sus passados hizieron, cobrar el imperio de Constantinopla e la casa sancta de Jerusalem que por nuestros pecados tiene ocupada, para que como de muchos está profetizado, debaxo deste cristianíssimo príncipe todo el mundo reciba nuestra sancta fe cathólica y se cumplan las palabras de nuestro redentor: *fiet unum ouile e unus pastor*» [32].

No fueron solamente los discípulos de Erasmo, quienes planteaban estas ideas. Por las mismas fechas, Palacios Rubios publicaba su *Tratado del esfuerzo bélico-heroico* (Salamanca 1524), que resulta una buena introducción a este tipo de literatura por su tendencia moralizante [33]. Así mismo, fray Antonio de Guevara escribía a Carlos V: «El que es Príncipe verdadero os ha hecho príncipe deste mundo para que seáis destruidor de los herejes, padre de los huérfanos, amigo de los sabios, émulo de los maliciosos, verdugo de los tiranos, remunerador de los buenos, azote de los malos, defensor de la Iglesia, único celador de la República y, sobre todo, sois mero ejecutor de la justicia» [34]. Esta visión humanista del oficio de emperador culminó con la utopía del *buen pastor,* ya antes mencionada, en la que se interpreta la misión del emperador del pueblo cristiano como el gobernante que permite la existencia libre, igualitaria y virtuosa, donde todos conservan la buena condición originaria del hipotético estado natural. Esta hipótesis de un estado social virtuoso que constituye el fin de la utopía humanista, en la línea que representa Guevara, se llamó en la época, la *edad dorada.* En las Cortes de Valladolid de 1523, el procurador por Granada, Juan Rodríguez de Pisa, se dirigió al emperador en nombre de las ciudades, afirmando «ver claramente que tenemos el siglo de oro que se esperaba» [35]. Por su parte, Guevara expuso el cuadro pastoril en la descripción del *villano del Danubio* [36]. Semejante interpretación culmina, pocos años después, en el célebre soneto de Hernando de Acuña, creado sobre modelo italiano, en donde se reiteraban con matices las ideas gibelinas, que determinados consejeros de Carlos V intentaron llevar a la práctica [37].

Tan reiteradas alabanzas hicieron mella en el ánimo de Carlos V, o al menos así lo hizo explícito en una carta al secretario Gonzalo Pérez explicando cuál había sido siempre su política: «Nuestro deseo siempre ha sido ver paz universal en la cristiandad y convertir las armas contra el turco, y bajar sus fuerzas y ensalzar nuestra santa fe, y nunca por nuestra parte se ha dado causa a discordia, antes bien como forzado habemos fecho todo cuanto se ha visto, de nos es Dios y el mundo buen testigo; y continuando nuestro deseo habemos enviado a Su Santidad a Ferramosca para tratar de paz universal, y siempre que quisiere venir a ella, verá que no solamente nos contentaremos en ello harto de nuestra casa; y así lo podéis decir de nuestra parte en todas las partes que viéredes hacer al propósito» [38].

---

[32] F. CABALLERO, *Alonso y Juan de Valdés*. Madrid 1875 (edic. en facsímil, 1995, intr. M. JIMÉNEZ MONTESERÍN).

[33] E. BULLÓN Y GERNÁNDEZ, *Un colaborador de los Reyes Católicos. El doctor Palacios Rubios y sus obras*. Madrid 1927, págs. 279 ss.

[34] *Ibídem*, pág. 161.

[35] CLC, IV, pág. 355.

[36] J. A. MARAVALL, *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*, pág. 150.

[37] Al respecto véanse las agudas precisiones que hace Márquez al manido soneto de Hernando de Acuña, F. MÁRQUEZ VILLANUEVA, «Giovan Giorgio Trissino y el soneto de Hernando de Acuña a Carlos V». *Studia Hispanica in honorem R. Lapesa*. Madrid 1972, II, págs. 355-371.

[38] A. RODRÍGUEZ VILLA, *Memorias para la historia del asalto y saqueo de Roma en 1527 por el ejército imperial*. Madrid 1875, pág. 63.

8.3. La propensión imperial hispana

Los reinos hispanos, por su peculiar evolución histórica, también disfrutaron de una tradición imperial propia durante los siglos medievales que los mantuvo al margen de esta construcción del Imperio Romano Germánico [39]. Con Alfonso VI se llegó a la mayor propagación de esta idea, pues, en 1077, se titulaba *Imperator totius Hispaniae*, junto con la indicación *Dei gratia*, en la que algunos comentaristas han querido ver la independencia con relación al pontífice, afirmando que el poder del monarca venía directamente de Dios. Al margen de deducciones más o menos atrevidas, lo que resulta evidente es que la idea de la totalidad de España aparecía sometida al rey de León. No obstante, no fue el único monarca que se atribuyó la autoridad imperial, ya que en Aragón, Pedro de Aragón y Alfonso el Batallador, también lo hicieron [40].

Dicha idea contrastaba con la diversidad de reinos surgidos en la península con el proceso de la reconquista, por lo que se remitió la idea de unidad a la época anterior a la invasión árabe. De esta manera los godos quedaban como fuente de referencia de la unidad y daban legitimidad a las dinastías siguientes. La reconquista, por tanto se tomó como una lucha contra el enemigo político [41]. La contradicción existente entre la diversidad de reinos hispanos y la unidad que se les quería dar a través de Castilla se resolvió remitiendo esta formación ideal a la época de los godos, al mismo tiempo que, a través de una nutrida historiografía aparecida durante el medievo, se trató de demostrar que uno de esos reinos recompondría la unidad. Con ello se pretendía legitimar la supremacía de Castilla sobre el resto de los reinos peninsulares [42]. En Castilla, concretamente, se había venido formando, desde la alta edad Media, una idea imperial «paralela» que presentaba ciertas peculiaridades con respecto a la anterior: por una parte, el concepto de *imperio*, que manejaba, dejó de referirse a una idea abstracta de *preeminencia* para concretarse en la pretensión de «un dominio directo no compartido»; por otra parte, el término emperador fue sustituido por el de monarca, más de acorde con el intento de convertir a Castilla en *monarchia del reyno de España* [43].

Con la elección de Carlos V como emperador, la idea de *Monarquía hispana* tuvo que coexistir con la tradicional de *Imperio Románico Germánico*. Mucho se ha debatido sobre el contenido de la *idea imperial* de Carlos V y sobre sus raíces hispanas o europeas. Desde que Doussinague exhumó una serie de documentos desconocidos relativos a los proyectos políticos de Fernando el Católico [44], los historiadores españoles no solo han considerado a Fernando el Católico como mentor de la política imperial de su nieto, sino que además se han mostrado unánimes en presentar la primera idea del *memorial* que el secretario Pedro de Quintana llevó al príncipe Carlos (en febrero de 1516) de parte de su abuelo, ya difunto, como el lema de toda la actividad política del futuro emperador: «El principal fin y desseo que su Al. [Fernando el Católico] tenía era de *paz general de cristianos y guerra contra los infieles enemigos de nuestra fe*» [45]. Semejante sentencia, sacada de su contexto, ha servido para interpretar la idea imperial carolina a través de honduras metafísicas o para insertarla dentro de corrientes imperiales genuinamente hispanas, que no dudamos que existieran; pero sus autores han olvidado el resto del contenido del largo *memorial*, que constituye un agrio alegato contra los franceses, quienes «naturalmente –afirmaba Pedro de Quintana poniendo las palabras en boca del difunto Rey aragonés– tienen odio contra la corona real y nación Despaña y que siempre que pudieren procurarán de abaxarla, pareciéndoles que es la que principalmente les ha estoruado y puede estoruar que no se fagan señores de Ytalia» [46].

Admitiendo la importancia indiscutible del texto, se deduce que la tan debatida «idea imperial» consistía –por una parte– en mantener el dominio y quietud de Italia y –por otra– en tener bien amarrada a la Mo-

---

[39] J. A. Maravall, *El concepto de España en la Edad Media*. Madrid 1964 (2ª ed.), págs. 17-50.

[40] J. Beneyto, *España y el problema de Europa*. Madrid 1942, págs. 48-49. Por lo que se refiere al título de preeminencia que se atribuían los reyes de León, *Ibídem*, págs. 76 ss. R. Arco y Garay, págs. 32-44.

[41] J. A. Maravall, *El concepto de España en la Edad Media*, pág. 262.

[42] R. B. Tate, *Ensayos sobre historiografía peninsular del siglo XV*, págs. 55 ss.

[43] J. A. Maravall, *El concepto de España en la Edad Media*, págs. 69-87, y *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*. pág. 65.

[44] J. M. Doussinague, *La política internacional de Fernando el Católico*. Madrid 1944.

[45] AGS, PR, leg. 56, núm. 45, transcrito por José M. Doussinague, *La política internacional de Fernando el Católico*, págs. 675-681.

[46] J. M. Doussinague, *La política internacional* ..., pág. 675.

narquía francesa mediante la creación de un cerco de enemigos. La impronta «castellanista» con la que, consciente o inconscientemente, los historiadores más prestigiosos han interpretado la proyección política del Imperio carolino, ha impedido ver que tan «revolucionarios objetivos» habían constituido la esencia de la política aragonesa durante el siglo XV, en los que ahora se veía implicada Castilla; pues, como sugiere Vicens Vives, «En la gran lucha entre Luis XI de Francia y Juan II de Aragón, cuyos objetivos inmediatos eran, por parte del primero, la dislocación de la Corona aragonesa y el restablecimiento del dominio angevino en la Italia meridional, la jugada maestra del viejo monarca aragonés fue obligar a Castilla a compartir los riesgos de la política mediterránea del trono de Jaime I y Pedro el Grande» [47].

El 4 de julio de 1513, en carta escrita desde España a su amigo Salviati, Guicciardini ya sospechaba que Fernando el Católico quería poner en Milán un *altro signore a su proposito*, lo que no era del agrado del ilustre diplomático ni de las repúblicas del norte de Italia. Pocos días después, enviaba otra a la misma persona en la que le añadía que los españoles estaban muy interesados por la empresa que había iniciado el rey de Inglaterra contra Francia porque tenían la esperanza de que el monarca francés no pudiera atender los asuntos de Italia y, de esta manera, les daba ocasión de unirse al emperador y hacerse poderosos en Italia [48]. No estaba muy errado el fino político italiano, por eso, los recelos aumentaron cuando Carlos V heredó simultáneamente los reinos hispanos y el título imperial.

Tan azarosa coincidencia presagiaba la alteración de las bases del sistema político sobre las que descansaba la autonomía de los distintos estados italianos, por lo que Guicciardini, en 1523, se oponía a una posible alianza de los venecianos y otros estados con el emperador para luchar contra Francia, y proponía mantener enfrentados a ambos soberanos –emperador y rey de Francia– con el fin de salvar la situación política y mantener la independencia [49]. En dicho texto seguía la lógica del equilibrio impulsado por la Santa Sede, lo cual no impide que, en otra parte (*Discorso politico IX*) pudiera advertir que esta visión estaba agotada, y que el papado era incapaz de ejercer su función de fiel de la balanza. Reflexionado pues sobre las causas que amenazaban la libertad del norte de Italia, concluía que mientras los franceses la habían invadido por propia iniciativa expansiva, en el caso del emperador (siguiendo el ejemplo de su abuelo Fernando) lo hacía para defender el reino de Nápoles. Era de esperar, por tanto, que si los franceses no pasaban los Alpes porque se lo impidiera Carlos V con la ayuda de los estados italianos, éste «procediese con respeto a las cosas de Italia, satisfaga al pueblo de Milán, nos tenga contentos a nosotros y a los demás con el fin de que no reclamemos la venida de los franceses» [50]. Es decir, Guicciardini adjudicaba al emperador el mismo comportamiento político que tuvo Fernando el Católico y, por consiguiente, en esta circunstancia, no lo veía efectivo en cuanto tal, sino como rey de los *españoles*. Esta percepción coincidía con el creciente interés que por los asuntos italianos fue despertándose no sólo en el ánimo de Carlos, sino también en el círculo de cortesanos y servidores hispanos que lo rodeaban, que cada vez más veían con claridad la importancia que tenían los «estados» del norte de dicha península para defender los territorios del sur [51].

En definitiva, además de la defensa de los intereses del emperador en cuanto cabeza de la Cristiandad, Carlos V hubo de conjugar la idea *imperial hispana*. En este sentido, se acostumbra a recordar la hábil composición que presentó el obispo Mota en las Cortes de 1520, intentando convencer a los procuradores de la vinculación que existía entre el *imperio tradicional* y el *imperio particular hispano*, alegando que después de un pasado lejano en el que España enviaba emperadores a Roma, ahora era el imperio quien venía a buscar

---

[47] J. VINCENS VIVES, «Imperio y administración en tiempos de Carlos V». *Charles quint et son temps*. Paris 1959, pág. 13. La política aragonesa, contraria a la de Francia, sus favorables relaciones con la corte de Borgoña y sus mismos intereses en cuanto a la política italiana, han sido bosquejados por el propio VICENS VIVES, *Fernando el Católico, príncipe de Aragón, rey de Sicilia (1458-1478)*. Barcelona 1952, págs. 40-43. Así mismo, CALMETTE, *Contribution à l'histoire des relations de la Cour de Bourgogne avec la cour d'Aragon au Xve siècle*. Paris 1937?, a quien sigue Vicens. También hacía referencia a la política mediterráneo como diseñada por Fernando el Católico, José María JOVER, «Sobre la política exterior de España en tiempos de Carlos V»,en *Carlos V y los españoles*. Madrid 1987, págs. 42-43 (Este trabajo ya había aparecido en el libro: *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada*. Granada 1958)

[48] L. DIEZ DEL CORRAL, *El pensamiento político europeo y la Monarquía de España*, págs. 216-217.

[49] F. GUICCIARDINI, *Opera inedite*, I, pág. 287, *Discorso politico VIII*.

[50] Citado por L. DIEZ DEL CORRAL, pág. 218.

[51] G. GALASSO, «La crisi italiana e il sistema politico europeo nella prima metà del secolo XVI». *Dalla «libertà d'Italia alle «preponderanze straniere»*. Napoli 1997, págs. 34-36.

emperadores a España. Al mismo tiempo, Carlos V comenzaba a tomar conciencia del gran imperio que se estaba gestando en América, a través de la información directa de algunos conquistadores como Hernán Cortés [52]. Finalmente, el control institucional que tras las revueltas de las Comunidades y Germanías consiguió imponer una elite de servidores castellanos que se habían iniciado políticamente a la sombra de Fernando el Católico («partido fernandino»), supuso una mayor influencia de esta *idea imperial castellanista* que, arropada por una ideología política y religiosa neoescolástica, comenzó a cobrar fuerza en la corte imperial [53].

8.4. El Saco de Roma y la sistematización de una única política imperial

Sin tener presentes las diferentes interpretaciones de la noción de *imperium* en Italia, España y la Europa septentrional, así como las diferentes visiones aportadas por los humanistas de una y otra parte con respecto a la función del poder universal, resulta difícil comprender la coyuntura de 1527-1529, en la que todas estas concepciones sufrieron un fuerte revulsivo. En 1525, el poderío que Carlos V alcanzó tras la batalla de Pavía reveló la complejidad de la situación que se avecinaba, no obstante, los sucesos del año siguiente (la victoria otomana sobre los húngaros en la batalla de Móhacs, las guerras campesinas en Alemania y la extensión de la conflictividad religiosa) distrajeron la atención sobre el problema. Así mismo, el generoso tratado de Madrid, la noticia de las acuciantes penurias económicas del emperador, y los desórdenes internos de los estados de Carlos V, eclipsaron Pavía hasta el punto de no quedar huella de su virtualidad para un nuevo orden[54]. Algunos testimonios, como el de Francesco Guicciardini, indican que existía un profundo convencimiento de que se iba a recuperar el orden político anterior a 1525 y que, además de confirmarlo, propendería al afianzamiento de la «libertad de Italia» bajo la tutela papal[55]. Confianza de la cual también daba noticia Pietro Aretino a Francesco degli Albizi, aunque éste era consciente de que el papado carecía de fuerza militar, agravada con la muerte del condottiero Giovanni dalle Bande Nere [56].

En este contexto, recobró nuevo vigor la tradición diplomática romana, desdeñándose el acomodo a la primacía política imperial para apostar nuevamente por la restauración del equilibrio italiano, de la balanza de poder entre las casas de Habsburgo y Valois e impedir que una de ellas se hiciera con una posición hegemónica. Se presumía que, de esta manera, Clemente VII evitaría verse sometido y subordinado al *diktat* imperial en materias tan delicadas como el Concilio, la Reforma y el orden político italiano. El resultado fue la creación de la Liga de Cognac para expulsar al emperador de Italia y en cuya formulación se recogía la tradición de Cruzada a la que aludíamos en el primer epígrafe de este capítulo [57].

Sin embargo, todos los planes resultaron vanos. Los ejércitos imperiales diezmaron a los aliados y bajaron con rapidez hacia la Italia central. En Roma y en Florencia, no se tardó en advertir lo erróneo de los análisis de la diplomacia medicea, la potencia imperial en Italia no se había visto afectada por los sucesos transalpinos, pues disponía de una autonomía plena, radicada en la propia Italia en el eje constituido por Milán y Nápoles. Guicciardini, hubo de desdecirse, tal vez como fruto de la intercambio epistolar que mantuvo

---

[52] V. Frankl, «Imperio particular e imperio universal en las cartas de relación de Hernán Cortés». *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 165 (1963) págs. 433-482.

[53] L. Pereña Vicente, *La Universidad de Salamanca, forja del pensamiento político español en el siglo XVI*. Universidad de Salamanca 1954, *passim*.

[54] La fortuna del emperador era atentamente escrutada por la diplomacia medicea, y estos factores se tuvieron muy en cuenta en el contexto de la Liga de Cognac: «Yo creería que una de las buenas nuevas que podrían recibirse sería la de que el Turco ha tomado Hungría y se vuelve hacia Viena, y la de que los luteranos mandan en Alemania, y la de que los moros que César quiere expulsar de Aragón y Valencia se le enfrentan y no sólo son capaces de defenderse sino de ofender», Francesco Vettori a Nicolás Maquiavelo, Florencia 5 de agosto de 1526, Nicolás Maquiavelo, *Epistolario, 1512-1527*, ed. Stela Mastrangelo, México 1990, 345-347.

[55] Los escritos en los que Guicciardini trata de la política contraria al emperador en, *Scritti inditi di Francesco Guicciardini sopra la politica di Clemente VII dopo la battaglia di Pavia*. Firenze 1940.

[56] Mantua, 10 de diciembre de 1526, Pietro Aretino, *Lettere*, ed. P. Procaccioli, Milano 1991, vol. I, págs. 111-117.

[57] Sobre los rasgos de la política exterior del Papado vid. P. Prodi, *Il Sovrano Pontefice. Un corpo e due anime: La Monarchia Papale in Età Moderna*, Bolonia 1982, págs. 297-344. Para los avatares de la política de Clemente VII vid. M. Caravale, A. Caracciolo, *Lo Stato Pontificio da Martino V a Pio IX*, Torino 1978, págs. 214-225.

con Maquiavelo, apresurándose a aconsejar al pontífice un cambio radical, que procurase confederarse con el emperador «porque le está mejor, que no estar a disposición del rey de Francia» [58].

Por otra parte, en el lado imperial existía una notable confusión. La política desarrollada en Italia había sido impulsada por el virrey de Nápoles, Charles de Lannoy, y ni siquiera el incumplimiento del tratado de Madrid había desalojado al poderoso virrey de la confianza del soberano: «Es admirable que el Emperador se adelante a tomar ninguna decisión en contra de las disposiciones suyas: el señor Canciller (Gattinara) afirma que está hechizado por él»[59]. No obstante, la tensión entre éste y el Gran Canciller Gattinara se proyectaba en Italia con una indisimulable competencia entre los dos centros de la autoridad imperial en la península, Milán y Nápoles; es decir, entre el condestable de Borbón, gobernador de Milán, favorecido por el Gran Canciller, y Don Hugo de Moncada, lugarteniente de Lannoy. No sólo los diferenciaba la rivalidad por el control de Italia, sino también una notable divergencia en cuanto al papel que el emperador debía ejercer en aquellas tierras. Lannoy y Moncada encarnaban el punto de vista «flamenco», según el cual, debía desarrollarse una política de concertación con la Santa Sede, política que comenzó a estructurarse en el pontificado de León X, que se perfiló con Adriano VI y que se creyó plausible con Clemente VII (a pesar de su notoria hostilidad a jugar ese papel); frente a esta postura, Gattinara había abogado por una relación con el papado mucho menos contemporizadora, rechazando la concertación, abogaba por hacer la autoridad papal subsidiaria a la del emperador, solo así sería posible la Reforma, el Concilio y la resolución de los graves problemas que atravesaba la Cristiandad. En resumen, mientras que Lannoy se hallaba más cercano al fondo de los postulados erasmistas, que defendían la cooperación entre las esferas temporal y espiritual, Gattinara y Borbón hacían gala de una visión mucho más realista, que pudiera entenderse como neogibelina, en la que el poder espiritual habría de seguir al temporal [60].

Esta confusión fue agudizada por la propia diplomacia papal, que utilizó las diferencias existentes entre los responsables imperiales de la política italiana para sacar provecho. Así, Gattinara, profundamente descontento por su marginación en la corte imperial y poseedor de innumerables bienes e intereses en Italia [61],

---

[58] G. DI MEGLIO, pág. 89.

[59] Juan Dantisco a la reina Bona, Valladolid 6 de mayo de 1527, A. FONTAN J. AXER, *op. cit.*, págs. 195-196. Para una visión en profundidad vid. León E. HALKIN-Georges DANSAERT, *Charles de Lannoy, Vice Roi de Naples*, Paris-Bruxelles 1934, págs. 88-95.

[60] Sobre la afinidad Borbón-Gattinara y la común hostilidad a Lannoy y los «flamencos», vid. C. BORNATE, *op. cit.*, pág. 345 n. 2. Así mismo L. E. HALKIN-G. DANSAERT, *op. cit.*, pág. 114; H. SCHULZ, *Der «Sacco di Roma», Karls V Truppen im Rom, 1527-1528*, Halle 1894, pág. 92. En cuanto a las tendencias erasmistas, resulta curioso observar que, mientras en lo personal hay un acercamiento entre Erasmo y Gattinara, en lo político el Gran Canciller está elaborando un discurso de guerra utilizando una serie de ideas, el «erasmismo», que en origen estaban articuladas en torno a un discurso de paz, por lo tanto es una afinidad circunstancial, inexistente un año antes, siendo consciente el propio Erasmo de cómo se travestían sus ideas y argumentos (vid. M. BATAILLON, *Erasmo... op. cit.*, pág. 228). Lannoy, por el contrario, procedía de la Corte de Borgoña, amigo y colaborador de Jean le Sauvage, se halló en el círculo de consejeros flamencos que acogió e introdujo al roterodamense en el Consejo imperial en 1515, detrás del discurso pacifista hubo una inequívoca filia francesa, y no debe ignorarse que las iniciativas políticas del virrey de Nápoles tendieron siempre a una actitud condescendiente en la que buscaba la recuperación del espíritu de la paz de Noyon y la armonía con la Casa de Valois, vid. L. E. HALKIN-G. DANSAERT, *op. cit.*, pág. 36; A. HENNE, *Histoire du regne de Charles Quint en Belgique*, Bruxelles 1858, vol. II, pág. 350.

[61] En 1513 el emperador Maximiliano le concedió los lugares de Gattinara, Arborio, Ghislarengo, Lenta, Greggio, Recetto, Giardino y San Colombano en el Piamonte (Tournai 22 septiembre, ASV, FAG, mazzo 9); en 1521 adquirió una casa y los lugares de Terruggia, Ozzano, Rivalta y Tonengo cerca de Casale (*ibídem*, mazzo 3); en 1522 el duque de Milán, Francesco II Sforza le concedió los condados de Valenza y Sartirana y los derechos sobre el castillo y feudo de Refrancore en el marquesado de Monferrato (*ibídem*, mazzo 10; el pleito de homenaje al duque es de 1522, está en mazzo 7); en 1525 el duque de Saboya erige las propiedades de Gattinara en condado (Turín 1 de mayo, *ibídem*, mazzo 9). Entre 1524 y 1525 su *mastro di Casa*, Carlo Gazino, viajó a Italia para inspeccionar todas las propiedades («Computo del viagio per Italia de Carlo Gazino», *ibídem*, mazzo 8). Para administrar estos intereses empleó a sus familiares, su sobrino Giovanni Bartolomeo residente en Nápoles y Roma; su hermano Gabrielle abad de San Andrés de Vercelli. En septiembre de 1519 logró para su hermano Lorenzo un puesto de protonotario apostólico, que fue integrado en la *familia* de León X y que sería su agente y procurador en la Curia (L. NUÑEZ CONTRERAS, *Un registro de la Cancillería de Carlos V*, págs. 108-111 y 250). Los intereses italianos de Gattinara pesaban mucho en sus puntos de vista, su defensa enconada del duque de Milán se debía a la gratitud por los favores recibidos y la protección dispensada a sus intereses, lo cual también le llevó a apoyar las pretensiones de Fernando de Habsburgo al ducado, una vez que se le aseguró que se mantendrían y ampliarían estos beneficios (Martín de Salinas al infante, Toledo 13 de enero de 1526, A. RODRÍGUEZ VILLA, «El Emperador Carlos V y su corte según la correspondencia de Martín de Salinas, *BRAH* (1903-1906),128, págs. 470-473). Como ha señalado Giovanni Rosso, Gattinara estaba obsesionado por construir un *Stato* propio, su plan edilicio en la localidad de Gattinara tuvo como fin erigir el centro del mismo y cuya realización siempre tuvo in mente cada vez que se propuso viajar a Italia («Le due comunità religiose fondate in Gattinara dal cardinale Mercurino», *Mercurino di Gattinara Gran Cancelliere di Carlo V. Atti del Convegno*, Vercelli 1982, págs. 53-60).

fue atraído hacia Clemente VII con la promesa de un capelo cardenalicio en marzo de 1526; con ello, quedó atenuada su beligerancia al tiempo que se le interesaba en procurar a todo trance evitar la confrontación y la guerra[62]. Así, mientras crecía la tensión entre las cortes pontificia e imperial, los desacuerdos entre el emperador y su Gran Canciller fueron cada vez más notables lo cual condujo a que, en abril de ese año, el ministro pidiese licencia y se inhibiese de participar en el Consejo [63]. No sabemos hasta qué punto la promesa del capelo pudo influir en su renuncia, que hubo de posponer al observar que el pontífice no materializaba su nombramiento. Cuando en el mes de junio se publicó el breve papal contra el emperador, Gattinara no tardó en volver a su postura antirromana y en julio leyó ante el Consejo de Castilla una relación en la que indicaba que era necesaria e inevitable la guerra con el pontífice, urgía la cancelación del edicto de Worms y pedía la convocatoria de un concilio[64]. Propugnaba, así mismo, el viaje inmediato del emperador a Italia para poner orden en la Cristiandad y ponerse a la cabeza de su defensa[65]. Pero la indiferencia y el poco aprecio con que se recibían sus consejos le llevó a presentar su renuncia irrevocable y abandonar el servicio al emperador en la primavera de 1527.

La moderación de los imperiales se atribuía en la Curia tanto a debilidad, como a la indisimulable división de criterios dentro del Consejo imperial. Y esto lo confirmó el *Saco* parcial de Roma acaecido en septiembre de 1526, que sólo afectó al Borgo Vaticano y las estancias papales, pero que no fue utilizado para someter al papa sino para avisarle y conducirle hacia la cooperación [66]. Fue una operación desarrollada en defensa de la Casa Colonna, para proteger al baronazgo romano leal al emperador, que fue cuidadosamente preparada en conexión constante con la corte imperial [67]. Moncada, lugarteniente de Nápoles (por ausencia del virrey Lannoy), efectuó personalmente las conversaciones con el pontífice y se ocupó de restituir los daños, firmándose una capitulación en cuyo cumplimiento creyeron muy pocos [68]. Desde el lado mediceo, ésto se interpretó como debilidad y no se dudaba de que eran los problemas de Alemania, la frontera danubiana o el acoso del turco en el Mediterráneo lo que impedía a los imperiales una acción definitiva [69]. Así, pese al Saco del Borgo, la Curia confiaba en una pronta recuperación del *statu quo* del papado como árbitro de la península italiana [70].

La refriega del borgo vaticano y sus leves consecuencias, si bien reafirmó la política papal de confrontación [71], también hizo surgir en sus filas una corriente crítica que abogaba por superar el sistema de equilibrio. Maquiavelo y sus corresponsales, Guicciardini y Vettori, pronto se dieron cuenta de que la debilidad medicea, francesa e imperial, no hacía más que prolongar agónicamente la guerra, arruinando a todos los contendientes, los cuales dependían excesivamente de la fortuna para hacerse con el éxito, legando al azar o al caos, como si de una pelea de perros se tratara, su propia suerte y la de todos los potentados de Italia. Desde ese punto de vista, urgía repensar el sistema italiano desde nuevos presupuestos, buscando los puntos compartidos entre papales e imperiales, toda vez que Francisco I estaba muy lejos de poder influir efectivamente en el curso de los acontecimientos [72].

---

[62] C. BORNATE, *op. cit.*, págs. 321-322.

[63] Andrea Navagero al senado de Venecia, Sevilla 9 de abril de 1526, C. BORNATE, *op. cit.*, pág. 484.

[64] BRT, MSI-75, fols. 139-141.

[65] *Ibidem*, fols. 139r-141v: «Primeramente, reduziéndonos a la memoria como su magd, después de la felice election al sacro imperio, con el deseo que tenía de emplear sus fuerças contra infieles, teniendo ya a este effecto buena armada sobre la ysla de Gerbes, la qual se rendió e pactió, y pensando con ella passar más adelante y obrar mejores effectos, fue traydo y forçado a dexar tan sancto propósito y convertir las armas a su necesaria defensión contra las injustas invasiones y provocaciones del rey de francia y de sus amigos y confederados ...».

[66] El secretario Pérez al emperador, Roma 23 de septiembre de 1526, A. RODRÍGUEZ VILLA, *Memorias...*, *op. cit.*, 27-28 (original en RAH. Col. Salazar A-38).

[67] Judith HOOK, «Clement VII, the Colonna and Charles V: A study of the political instability of Italy in the second and third decades of the sixteenth century», *European Studies Review*, núm. 2 (1972), págs. 293-294.

[68] Alonso Sánchez al emperador, 15 de octubre de 1526, A. RODRÍGUEZ VILLA, *Memorias... op. cit.*, 35-36.

[69] Nicolás Maquiavelo a Bartolomé Cavalcanti, 6 de octubre de 1526, N. MAQUIAVELO, *Epistolario...*, *op. cit.*, 363-366.

[70] El comendador Aguilera al emperador, Roma 3 de octubre de 1526, A. RODRÍGUEZ VILLA, *Memorias... op. cit.*, 33-34.

[71] Se incrementó el hostigamiento a la parte gibelina en tierras papales, principalmente a los Colonna, vid. J. HOOK, art.cit., págs. 294-297.

[72] Nicolás Maquiavelo a Bartolomé Cavalcanti, 6 de octubre de 1526, N. MAQUIAVELO, *Epistolario...*, *op. cit.*, 363-366. Del mismo a los Ocho de la práctica, Modena 2 de diciembre de 1526, *ibidem.*, 376-378.

Es obvio que la coyuntura del invierno de 1527 obligaba a esta reflexión, y Florencia encabezó dentro de la Liga la búsqueda de un acuerdo [73]. El regreso de Lannoy a Italia y la firma de la tregua del 19 marzo, parecían presagiar la apertura de la discusión en torno a la relación papado-imperio [74], aunque lo perentorio de las urgencias militares y la indecisión del pontífice así como la confusión del bando imperial dieron a estas conversaciones un curso desconcertante [75]. Con amargura, desde Roma y Florencia se contempló un insólito espectáculo, lo acordado entre el virrey Lannoy y el Papa, era ignorado en Lombardía, el condestable de Borbón y sus mandos desconocían a las autoridades imperiales de Nápoles, a cuyos ministros ni siquiera se podía garantizar su seguridad en el Norte. Era como si de dos estados se tratara, el virrey de Nápoles y el gobernador de Milán no parecían ministros de un sólo señor, la paz negociada en el sur no comprometía a los imperiales del norte [76].

El principal ministro imperial en Italia era Lannoy, el cual había sido inequívocamente enviado por el emperador, mostrando su voluntad en pro de la concertación, pues iba a hacer efectivo lo tratado en la tregua firmada por Clemente VII y Don Hugo de Moncada que preveía en un término de cuatro meses el inicio de negociaciones. El renuevo de la confianza en el virrey significó un nuevo desplante a Gattinara [77], pues el emperador rechazó una vez más viajar a Italia y no dudamos de su sinceridad al negar que tuviera el propósito de erigirse *Monarca Universal* [78]. Sin embargo, la fuerza militar estaba en manos del condestable de Borbón, el cual tenía una visión muy distinta de la política italiana, no le interesaba la concertación si quería conservar el dominio sobre Milán y utilizaba el descontento de las tropas y su afán de botín para ignorar la tregua, exigiendo un rescate cuyo pago era imposible. Sería llevar las cosas al extremo decir que compartía el ideario de Gattinara [79], el cual abandonó el servicio al emperador en abril, pero sí que aprovechó en su favor la existencia en la corte imperial de un amplio sector crítico con la política efectuada por los «flamencos» en Italia, que abogaba por una solución definitiva de la guerra y de las diferencias con la Santa Sede por medio de una victoria total [80]. Desde la óptica española, continuadora de la política fernandina, el norte era irrenunciable para conservar el sur, y mucho podía temerse que Lannoy prefiriera sacrificar Lombardía en aras de la paz. De ahí la paradoja de que «una tregua que se firma en Roma y que se viola en Lombardía» mantenga inalterable la estructura de los mandos imperiales, sin ceses ni amonestaciones [81].

El brutal saqueo de Roma, iniciado tras el asalto de la ciudad el 6 de mayo de 1527 (y en el cual falleció Borbón), provocó por fuerza un cambio radical de planteamientos. Las dimensiones casi apocalípticas del

---

[73] Los ocho de la práctica a Nicolás Maquiavelo, Florencia 30 de noviembre de 1526, N. MAQUIAVELO, *Epistolario... op. cit.*, 374-375.

[74] «Conviene pues que esa paz se trate con quienes tienen para ello autoridad del emperador, que no creo que sea Borbón ni ninguno de esos capitanes de aquí, sino el Virrey y Don Hugo», Nicolás Maquiavelo a los Ocho de la práctica, Modena 2 de diciembre de 1526, N. MAQUIAVELO, *Epistolario..., op. cit.*, pág. 377. El 16 de marzo de 1527 el abad de Nájera informaba al emperador de la tregua firmada con Clemente VII «el Visorrey verná aquí segun dicen y entonces se hará lo que más conviniere al servicio de V.M.». Más adelante, el 22 de dicho mes, volvía a escribir «Y está aquí S.S. esperando con deseo al visorrey, que será aquí a los 23 o 25 deste, y créese que se concertará lo concertado y aun se harán otras cosas que convengan al servicio de Dios y de S.S. y de V.M.», A. RODRÍGUEZ VILLA, *Memorias..., op. cit.*, págs. 72-73.

[75] Cartas de Nicolás Maquiavelo a los Ocho, Bolonia 23, 24, 27 y 29 de marzo de 1527, N. MAQUIAVELO, *Epistolario... op. cit.*, 406-413.

[76] Cartas de Nicolás Maquiavelo a Francesco Vettori, Forlí 5 y 14 de abril de 1527, N. MAQUIAVELO, *Epistolario..., op. cit.*, págs. 419-420 y 429. En Venecia se creía que Borbón y Lannoy se hallaban concertados en secreto y que las diferencias de criterio eran pura comedia (Alonso Sánchez al emperador, Venecia 24 de abril de 1527, A. RODRÍGUEZ VILLA, *Memorias..., op. cit.*, pág. 92.

[77] Vid. borrador en italiano con objecciones a la liberación de Francisco I y a la política seguida por Lannoy en Italia, tal vez autógrafo de Giovanni Bartolomeo Gattinara, s.d. 1526-1527, ASV. FAG. mazzo 8.

[78] El emperador al secretario Pérez, Valladolid 11 de febrero de 1527, A. RODRÍGUEZ VILLA, *Memorias..., op. cit.*, págs. 63-64.

[79] Pero existía una cierta vinculación entre ambos, véase «memoria de Juan Bartolomé Gattinara, regente del Consejo de Aragón, sobre los negocios del príncipe de Borbón», s.d., ¿1524?, BRT. MSI. núm. 75, 1-8.

[80] Halkin y Dansaert indican la existencia de diferencias notables entre Borbón y Lannoy, incluso de odio personal, las cuales vertebraban dos partidos diferenciados (*op. cit.*, págs. 113-116). Diferencia que Vettori simplificó en carta a Maquiavelo, comentando la fortuna del emperador quien, pese a ignorar a los españoles y confiar sólo en los flamencos, no había hallado resistencia ni contestación: «La dicha fortuna es la causa de que todos los españoles anden adivinando como exaltarlo, mientras él por otro lado se gobierna en España en todo y por todo como quieren los flamencos, y les quita todo lo que puede a dichos españoles para dárselo a los flamencos», Florencia 5 de agosto de 1526, N. MAQUIAVELO, *Epistolario..., op. cit.*, pág. 346.

[81] Nicolás Maquiavelo a Francesco Vettori, Forlí 14 de abril de 1527, N. MAQUIAVELO, *Epistolario..., op. cit.*, 429.

acontecimiento dejó anonadados a todos. «No sé que diga ni a qué lo compare, que, excepto la destruición de Jeruralen, no creo que haya acontecido otra cosa igual a esta», escribió el abad de Nájera [82]. Durante nueve meses, el saqueo y la devastación de la ciudad sólo se vió interrumpido brevemente a fines de agosto, cuando se declaró una epidemia de peste. En todo ese tiempo la Cristiandad estuvo sin guía. El papa, vicario de Cristo, que el 7 de junio se entregó al virrey de Nápoles, había enmudecido. Europa, conmocionada, esperaba con ansiedad el desenlace de una situación anómala que sumía en la incertidumbre el futuro de la Santa Sede y, con ella, de la Iglesia. La actitud críptica del emperador respecto a sus planes, incrementó la zozobra, ¿que futuro le deparaba al papado?[83]. Bartolomeo Gattinara, testigo presencial de la capitulación del pontífice, al escribir el relato de los sucesos acaecidos entre mayo y junio daba cuenta de la difícil encrucijada del momento:

> «Aspettiamo una diligente provisione da Vostra Maestà, cioè, in sapere come Vostra Maestà intende che si governi la città di Roma, e se in detta città ha da essere alcuna forma di sede apostólica, o no. Io non lascierò l'oppinioni d'alcuni servitori di Vostra Maestà, la quale è che in tutto non si doveria levare la sede apostolica in Roma: perchè, se il re di Francia farà un patriarca nel suo regno, e negarà l'obbedienza alla detta sede apostolica; e cosí fará il re d'Inghilterra et ogn'altro principe cristiano. Ben pareva alli detti servitori della Maestà Vostra che si deve tenere la detta sede bassa, che sempre Vostra Maestà ne possa disporre e comandare; e che la provisione si fecesse con molta prestezza, perché se non si fa in questo principio, gli officiale e ciaschedun curiale abbandonerà Roma e si ridurrà a niente, perchè si perderanno gli offizi e la pratica. Il papa con gli cardinali che sono dentro Castello, mi hanno detto che Vostra Maestà doveria a questo provedere, perchè pensano che Vostra Maestà non voglia che la sede apostolica si perda del tutto. Così dicono gli cardinali quali sono in Roma, ma vostra Maestà provederà meglio che gli parerà» [84].

En el momento del *Saco*, fueron muchos los que interpretaron el acontecimiento como fin de una época y principio de otra, la apertura de una nueva era inscrita en la Reforma exigida y demandada desde muchos lugares de Europa, especialmente de Alemania. Las inscripciones dejadas por los lansquenetes alemanes en capillas, palacios y en los mismos aposentos del Papa aludían de forma explícita a este ambiente, *Martinus Lutherus* rezaba un letrero realizado con la punta de un estoque en las *stanzie* de Rafael [85]. Pero el emperador callaba. Roma y el papa estaban en su poder y no expresaba ni sus sentimientos ni su opinión. No se apresuró, no dictó medidas que de forma inmediata abreviaran el cautiverio y el dolor de sus prisioneros. Este silencio unido a la larga duración del *Saco* (remarcada con el regreso de los imperiales en septiembre para continuar su labor de expolio y despojo) hicieron creer que el emperador ocultaba una intención, un designio de gran alcance. Así mismo, el brutal cautiverio de Roma y la circunspección imperial subrayaron la responsabilidad de Carlos V en el trágico suceso [86].

Sin embargo, el silencio de la corte imperial era una muestra elocuente de los puntos de vista contradictorios bajo los que se había desenvuelto el conflicto. Cabe, dentro de lo posible, que tanto Lannoy como Borbón hubieran seguido el mandato del emperador y que éste hubiera dejado que discurriesen dos iniciativas imperiales contradictorias [87]. El papa y los italianos quedaron perplejos y confundidos, pues creyeron

---

[82] El abad de Nájera al emperador, escrita en la semana posterior al 6 de mayo de 1527, A. RODRÍGUEZ VILLA, *Memorias...*, *op. cit.*, págs. 134-141.

[83] Este estado de ánimo lo reflejaba el propio pontífice en una apresurada *Bulla Clementis PP. VII de electione futuri pont: occur.te. eius obitu ante suam liberatione*, autógrafa, redactada en su prisión del castillo de Sant'Angelo el 10 de julio de 1527, se encuentra entre papeles que pertenecieron a Gattinara, BRT, MSI-75, fol. 583.

[84] Giovanni Bartolomeo Gattinara al emperador, Roma 8 de junio de 1527, A. RODRÍGUEZ VILLA, *Memorias...*, *op. cit.*, págs. 193-194.

[85] A. CHASTEL, *op. cit.*, págs. 177-188.

[86] A. CHASTEL, págs. 64-70; M. FIRPO, «Il Sacco di Roma e la sua eredità» en *Riforma protestante ed eresie nell'Italia del Cinquecento*, Bari 1993, págs. 101-113; A. VIAN HERRERO, *El «Diálogo de Lactancio y un arcidiano» de Alfonso de Valdés: Obra de circunstancias y diálogo literario*, Toulouse 1994, págs. 25-37; K. BRANDI, *op. cit.*, págs. 198-200; A. RODRÍGUEZ VILLA, *Memorias...*, *op. cit.*, págs. 201-207.

[87] Según Judith Hook existía un acuerdo tácito para incumplir la tregua, razón por la cual Moncada renunció a participar en la campaña, para no tener que romper la palabra dada al pontífice. Según esta autora había un plan alternativo de Lannoy y el linaje

que la autoridad imperial descansaba en la persona del virrey de Nápoles y fueron víctimas del «troppo fidarsi in quello che aveva capitolato con il signor vicerè di Napoli» [88]. Lannoy no tenía plenos poderes y sólo tuvo noticia del desacuerdo del emperador con lo capitulado días después de producirse la toma de la ciudad [89]. Quizá por ello no hubo contraorden y se dejó al condestable que continuara adelante. Confirma nuestra hipótesis una carta de Carlos V a Borbón escrita cuando aún se ignoraba la muerte del condestable y suponía que había cumplido con éxito su misión:

> «Mon bon cousin, je ne scay au vray ce que vous aurez faict avec le Pape depuis votre entrée a Rome... Mais ce que je desire le plus, ce seroit une bonne paix, et espere que vous garderez bien d'être trompé et tiendrez main, si faire se peult, avec bonne assurance, que le Pape prenne la peyne de venir jusques icy pour entendre au faict de la paix universelle» [90].

La muerte del condestable cegó el plan pergeñado en la corte, al tiempo que, al despreciarse las capitulaciones de Lannoy, la vía del virrey de Nápoles también quedó inservible. No obstante, había pocas alternativas, pues la falta de una cabeza visible de la autoridad del emperador podía echar al traste el éxito obtenido, no ya en lo político, sino sobre todo en lo militar. Por dicho motivo, los poderes del condestable fueron transferidos al virrey Lannoy en quien se concentró el mando militar de todas las fuerzas imperiales (incluida Sicilia) «pour les forcer (a florentinos, venecianos y genoveses) de venir à quelque bonne raison et pacifier entièrement l'Italie». Es decir, las primeras disposiciones de Carlos V se dirigieron a resolver la coyuntura con una solución militar, al tiempo que lo político se delegaba en el buen criterio del virrey: «mais nous avons cela réservé a vous pour en user (los plenos poderes para negociar la paz) comme dit est à notre réputation et sehurté selon la parfète fyance que avons de vous» [91].

Ahora bien, hasta que no falleció Lannoy, víctima de la peste, el 23 de septiembre de 1527, la corte imperial no se enfrentó seriamente al problema planteado por el *Sacco*. En julio el emperador se había impacientado por el inmovilismo con que se actuaba en Roma, por no decir parálisis y se temía que esto repercutiera negativamente en su prestigio, instó a la corte de Nápoles a obrar con mayor diligencia en la consecución de una «bonne paix». Quizá leyese el pensamiento de sus ministros y capitanes de Italia, los cuales manifestaban que algo de tan gran envergadura debía ser resuelto personalmente por Carlos V, por lo que se adelantó a esa crítica con una vaga excusa: «Il est vrai que quant ceste nouvelle de Rome et detention du pape nous vint, cogneusmes et cognoissons bien encores que le vray remede estoit si eussions l'appareil prest, de partir incontinent pous aller baiser les mains et pieds de sa Saincteté, le mectre en sa pleine liberté et de notre main le restituer en son siège, mais pour ce qu'il y a icy bien maigres et debiles aprestes, comme nostre dit vice-roy le peult bien penser et que vous le savez, et ne sommes point asseuré de ce que pourrions trouver par déla, mesmement de quelle ayde et service aurions en tel cas, soit de vaisseaulx de mer ou de somme d'argent de noz royaumes de Naples et de Sécille, nous fault pour ces causes conformer avec

---

Colonna para apoderarse de Roma, independiente del condestable de Borbón, lo cual indicaría que la inhibición de los coloneses y el ejército del virrey no vendría dada por el respeto a la tregua, sino por esperar al curso de los acontecimientos para intervenir (art. cit., págs. 296-299)

[88] Giovanni Bartolomeo Gattinara al emperador, Roma 8 de junio de 1527, A. RODRÍGUEZ VILLA, *Memorias...*, *op. cit.*, págs. 186-187.

[89] El 12 de mayo escribía el emperador al virrey que no consideraba válida la tregua: «Et combien n'avons receu lettres de sa Saincteté ny estre requis par le nunce ny aultre de sa part de rattiffier ladite tresve et que d'icelle ne nous a esté envoyer aucune copie originale comme en tal cas est accoustumé fère, aussi que la dite tresve n'est pas bonne per nous», L. E. HALKIN-G. DANSAERT, *op. cit.*, doc. CXXI, págs. 319-320.

[90] El emperador al condestable de Borbón, 6 de junio de 1527, A. RODRÍGUEZ VILLA, *Memorias...*, *op. cit.*, págs. 202-203. Rodríguez Villa fecha el doc. a 7 de julio, lo cual contradice su afirmación de que la carta fue escrita desconociendo la muerte de Borbón, debemos suponer que se trata de una errata pues él mismo indica que la Corte estaba perfectamente enterada de todo a fines de junio, otra posibilidad es que la carta no fuera dirigida al condestable, pero esto no concordaría con las instrucciones dadas a Lannoy el 30 de junio y el 21 de julio, que se verán más adelante.

[91] Instrucción del emperador a Charles de Lannoy, Valladolid 30 de junio de 1527, L. E. HALKIN-G. DANSAERT, *op. cit.*, doc. CXXII, págs. 321-324.

l'impossibilité de ne pouvoir tant promptement passer ce voyage d'Italie que bien vouldrions. Toutesfois vous direz à notre visroy le grand desir que y avons»[92].

Desaparecido el principal mentor de su política italiana, Carlos V se vió obligado a afrontar en solitario la resolución de la crisis; ahora necesitaba consejos y consejeros para salir de una situación que, aparentemente, nadie sabía cómo resolver. El largo tiempo transcurrido entre la toma de la ciudad y las primeras decisiones del emperador concernientes a cómo sacar provecho de la victoria tuvieron que ver con esta cisura en la política imperial. Conocedor de la urgencia del momento y sabiendo que era el momento idóneo para auparse con el control del Consejo imperial, Gattinara regresó a la corte. Con toda premura dejó sus negocios en Italia y se reunió con el emperador en Palencia, el 7 de octubre de 1527 [93]. Había que estudiar con mucha cautela lo que se había de hacer y Gattinara presentó una solución de consenso, que no era nueva, pues ya la había perfilado desde un año antes (por lo menos), y que estaba en relación con su acercamiento a Erasmo de Rotterdam (operado tras el fracaso del reformismo de Adriano VI y la radicalización de la crisis religiosa) [94]. Un acercamiento, no se olvide, marcado por el contexto y las circunstancias y en el que persistían profundas divergencias de fondo, pues Erasmo no sintió ningún interés y mucho menos entusiasmo por la Monarquía Universal querida por el consejero piamontés [95]. Pero este «erasmismo» tardío le iba a permitir atraerse a un significativo número de consejeros imperiales y obtener un fuerte respaldo a sus planes [96].

Para Gattinara, lo inmediato era tranquilizar a los príncipes de la Cristiandad despejando todo temor «di mover le arme contro di lui» y justificar la acción: «Che egli non haveva prese le armi contra il Pastore ma contra un rapaci turbatore et assalitore della Christianitá, per sua necessaria difessa et di suoi; et como contra un falso Pontefice scandaloso, incorregibile, perturbatore di tutto il Stato et religione Christiana il quale haveva sempre biasmato il general consiglio spesse volte chiamato et richiesto». Sin embargo, como el gran canciller no estaba seguro de lo que quería el emperador se le ocurría otra respuesta que también dejó en sus manos: «Overo si Cesare non volesse abbraciar questo rigore ne approvar i fatti de suoi, chi avvissassi i Principi con lettere che mal volonterieri sopportava l'avenimento di tal caso tentato senza colpa d'esso Cesare et egli desiderava che si metesse fine a quelle guerre et incendii con una pace generale et che per incaminar tal pace richiedeva fosse convocato un Concilio general al giudicio del quale si rimetessero per decidir tutte le contese et querele tanto temporale chi ecclesiastiche». En tanto se acordaba el Concilio, previsto en los dos supuestos, el emperador debía viajar a Italia para ganar honor y reputación, reemplazando a los fallecidos Lannoy y Borbón por sí mismo, por su propia Majestad para, una vez allí reorganizar las cosas de Italia y de la Cristiandad [97].

---

[92] Instrucción a Pierre de Verey de lo que debe comunicar al virrey de Nápoles, Valladolid 21 de julio de 1527, L.E. HALKIN-G. DANSAERT, *op. cit.*, doc. CXXIII, págs. 324-327.

[93] Alfonso de Valdés a Juan Dantisco, Palencia 7 de octubre de 1527, A. FONTAN, J. AXER, *op. cit.*, págs. 206-207. El Gran Canciller indica en sus memorias que fue llamado para resolver la situación (*Vita del Gran Cancelliere Mercurino*, fols. 89-90. ASV, FAG, mazzo 3.), Martín de Salinas sin embargo daba otra versión: «La carta del Chanciller fue escusada por respecto quel era partido, como yo lo escribí a V.A.; y aquí se tiene nueva ser arribado a Monago, y por sus letras se conoce que ha mudado propósito después de la muerte de Borbón y saco de Roma; porque certificadamente habla en su tornada y creo le cumple así, aunque dudo dexe de estar en continua querella, y no muy en la gracia de S.M.» A. RODRÍGUEZ VILLA, *El emperador...*, *op. cit.*, doc. 154, pág. 27.

[94] El 1 de octubre de 1526 escribió una larga carta a Erasmo en la que le refería cómo a su juicio la Cristiandad se hallaba dividida en tres partidos, los papistas, los luteranos, y un tercero, equidistante entre ambos, que buscaba sólo la gloria de Dios, la salvación y la condena del mal. En este grupo incluía a todos los hombres de buena voluntad, en el que ambos estaban, un espacio de consenso desde el que habría de partir la restauración de la Cristiandad, M. CAPELLINO, «Mercurino Arborio di Gattinara tra gioachinismo ed erasmismo», *Mercurino Arborio di Gattinara Gran Cancelliere di Carlo V. Atti del Convegno di Studi Storici* (Gattinara 4-5 ottobre 1980), Vercelli 1982, pág. 35.

[95] Gattinara propuso a Erasmo entre febrero y marzo de 1527 la edición del *De Monarchia* de Dante, oferta que éste declinó, advirtiendo del peligro de ir por este camino a la tiranía universal, vid. M. CAPELLINO, *op. cit.*, págs. 35-36; F. BOSBACH, *op. cit.* págs. 48-51, H.M. HEADLEY, *op. cit.*, pág. 111. Sobre Erasmo y sus relaciones con los miembros de la Cancillería vid. M. BATAILLON, «Erasmo et la chancellerie imperiale», *Bulletin Hispanique*, XXVI (1924), pág. 29.

[96] M. BATAILLON, *Erasmo...*, *op. cit.*, págs. 226-236. Coincidimos con este autor en que el Gran Canciller agrupó a los erasmistas de la Corte bajo su tutela, pero no en el sentido que le atribuye: «Se diría que descubre una profunda analogía entre la lucha que él está capitaneando y la del anciano filósofo obligado a hacer frente a un mismo tiempo a los papistas intransigentes y a los luteranos irreductibles» (pág. 230). Gattinara era también anciano, conocía desde más de una década al roterodamense y su obra por lo que es difícil creer en su tardía y súbita conversión y menos en la ingenuidad de sus afinidades idealistas.

[97] *Vita del Gran Cancelliere Mercurino*, fols. 90-92. ASV, FAG, mazzo 3.

La solución discurrida por Gattinara era ingeniosa y atrevida. Fundía todos los puntos de vista aportados por la tradición con respecto a Italia. Adoptaba como propia la visión italiana, tradicionalmente esgrimida por la Santa Sede como justificación de su poder temporal, al ofrecer una imagen pacífica, donde el emperador, con su viaje a la península se presentaría no como invasor o dominador sino como protector [98], actitud que después sería saludada y aplaudida desde quienes, muy poco antes, habían defendido el poder temporal de la Iglesia como único fiel de la balanza italiana y única garantía de paz: «Sosegadas así las armas casi por toda Italia por los infelices sucesos de la gente francesa, los pensamientos de los mayores príncipes estaban inclinados a los acuerdos; de los cuales el primero que sucedió fue el del papa con el emperador, que se hizo en Barcelona, muy favorable para el papa, o porque el emperador, deseosísimo de pasar a Italia, procurase quitarse los embarazos, pareciéndole que por este respeto tenía necesidad del papa y de su amistad, o queriendo con capítulos muy favorables darles mayor causa para olvidar las ofensas recibidas de sus ministros y su ejército» [99]. En fecha no precisada, entre 1528 y 1532, Ludovico Ariosto intercalaba en su *Orlando furioso* unas estrofas de loa imperial impensables unos pocos años antes:

«De sangre de Austria y de Aragón yo veo
nacer del Rin a la sinistra riba
un príncipe al valor del cual yo creo
ningún valor iguale que se escriba.
A Astrea veo en su silla, y su deseo
cumplido y veo que de muerta ya reviva:
y a la Virtud, que echó este mundo cuando
a aquella echó, salir por él de bando.
Por tal obra, la Voluntad suprema
no solamente de este Imperio entero
tiene ordenado darle la diadema
que fue de Augusto, Trajan, Marco y Severo
mas de toda la tierra acá y extrema,
do nunca el sol ni el año abre sendero:
y bajo este Monarca quiere a punto
que haya sólo un rebaño y pastor junto» [100].

Así mismo, el Gran Canciller recuperó e hizo propia la tradición hispana: Milán era prioritario. Esto puede parecer sorprendente, pero entre los cortesanos españoles se concedió una importancia secundaria al *Saco*, ocupando el primer plano de los debates la muerte del condestable de Borbón y sus consecuencias. Parece lógico que así lo percibiese Martín de Salinas, agente del archiduque don Fernando, que reclamaba el ducado para sí [101]. Pero Gattinara fue también muy incisivo en esta cuestión, como relata Salinas «el Canciller ha escripto a S. M. Le será bien que diese el dicho Ducado al Príncipe nuestro señor [Felipe había nacido el 21 de mayo 1527]. V. A, puede considerar con qué fin da tan buen parecer: negocio es que en él an-

[98] Véase por ejemplo la carta escrita desde Venecia por Pietro Aretino al emperador el 20 de mayo de 1527; Pietro ARETINO, *op. cit.*, vol. I, págs. 119-121.

[99] F. GUICCIARDINI, *Historia de Italia donde se escriben todas las cosas sucedidas desde el año de 1494 hasta el de 1532.* (Traducida del italiano por D. Felipe IV, rey de España) Madrid 1890, VI, pág. 287. Sobre el cambio de opinión de Guicciardini, admitiendo la llegada del emperador a Italia, L. DÍEZ DEL CORRAL, *El pensamiento político europeo y la monarquía de España.* Madrid 1983, págs. 218-220.. R. J. KNECHT, *Renaissance Warrior and Patron. The Reign of Francis I*, págs. 283-285.

[100] Los versos son de la traducción al español hecha por Jerónimo de Urrea en 1539 de la obra de Ludovico ARIOSTO, *Orlando furioso*, ed. y notas Fco. J. ALCÁNTARA, Barcelona 1988, págs. 214-215.

[101] Martín de Salinas escribía al archiduque: «V. A, en diligencia escribiese a S. M, suplicándole se acordase dél en dalle el Estado de Milán que tanto importa para su servicio. Podría S. M, descuidarse dello con pensamiento de habelle dado Dios tan grandes Estados y estar con ellos tan embarazado»; en la carta siguiente, el propio Salinas se atrevía a realizar la petición del ducado de Milán para don Fernando, a lo que respondió Carlos V «que él contentaría a Vuestra Alteza» En todas las cartas de Martín de Salinas se hace mención a Milán, cf. Antonio RODRÍGUEZ VILLA, «El emperador Carlos V y su Corte», BRAH, vol. 44, págs. 25, 142-143, 149, 152-153 y 245.

dan todas las tramas y astucias que hombres pueden pensar»[102]. Por su parte, el abad de Nájera –a su vuelta de Italia– escribía al emperador: «También recuerdo y suplico a V. M, que no disponga del Estado de Milán como lo tenía el duque de Borbón fasta que, plaziendo a Dios, nuestro señor, venga en Italia que y vea cuán importante pieça para ser señor de toda ella, como va ordenando Dios» [103]. De alguna manera, prevalecía la visión que de Italia se tenía en España, es decir, Nápoles y Sicilia constituían el centro de sus preocupaciones, lo demás los circundaba y sólo se percibían como importantes los «estados» del norte en cuanto protección de los territorios del sur [104].

Por último, se trató de enlazar el *Sacco*, fortuito o no, con un ambiente de esperanza y confianza en la apertura de un proceso de regeneración de la Iglesia[105]. Astutamente Gattinara así lo quiso dar a entender por medio de su secretario personal Alfonso de Valdés, al que autorizó a difundir un vibrante alegato en defensa del emperador, el *Diálogo entre Lactancio y un arcediano*, de marcado sabor erasmista pero que no olvidaba unas pinceladas escatológicas del gusto de su patrono, marcando la apertura de un tiempo de renovación y esperanza: «Jesucristo formó la Iglesia y el Emperador Carlo Quinto la restauró»[106]. El ambiente de febril actividad propagandística de la Cancillería, la difusión de copias manuscritas del diálogo de Valdés[107] y la invitación a personas afines para mover una corriente de opinión favorable a la renovación, tenían como finalidad arropar un cambio que se quería presentar como trascendente [108].

Utilizando la *Querella pacis* de Erasmo, Alfonso de Valdés escribió una «obra de circunstancias» [109] en la que planteaba la cuestión de los derechos y deberes del papa en materia política porque el debate era precisamente entre el emperador y el pontífice. En el fondo de lo que trataba era de la significación del papado. Misión del papa era continuar la obra de Cristo y encarnar el espíritu evangélico, sin embargo, se dedicaba a la guerra, por lo que correspondía al emperador, de acuerdo a la interpretación medieval, asumir y realizar las tarea de reforma. La alianza del papado con el rey francés incitó a muchos autores de la época a que Carlos V empuñase las armas, incluso, contra el propio pontífice [110]. Pero sobre todo, lo contenido en dicho texto de Erasmo, propagado en Castilla por sus seguidores, justificaba la política europea del emperador y le daba argumentos para solicitar los subsidios a las Cortes, alegando que si no luchaba contra el infiel, lo que constituía el objetivo de los reinos peninsulares, era por la guerra que le hacían los propios príncipes cristianos y por la animadversión que le tenía el pontífice. De esta manera, el emperador aparecía como el defensor de la fe, al que le correspondía, por tanto, la definitiva liquidación del asunto de Lutero y, dada la pasividad del pontífice, la reforma de la Cristiandad. La paz a la que aspiraba el emperador era universal y tenía en la realidad de los hechos un sentido defensivo basado en la hegemonía que gozaba de hecho [111].

---

[102] ¿17 de mayo?, A. RODRÍGUEZ VILLA, *El emperador..., ibídem.*, doc. 145, pág. 25.

[103] Carta fechada el 27 de mayo 1527, citada por Antonio RODRÍGUEZ VILLA, *Memorias para la historia del asalto a Roma*, pág. 134. L. PASTOR, vol. 10, págs. 17 ss.

[104] G. GALASSO, «La crisi italiana e il sistema politico europeo nella prima metà del secolo XVI». *Dalla «libertà d'Italia alle «preponderanze straniere»*. Napoli 1997, págs. 34-36.

[105] «Todos tienen por cierto que esto ha sucedido por juicio de Dios», escribían a Alfonso de Valdés desde Roma. A. RODRÍGUEZ VILLA, *Memorias para la historia del asalto y saqueo de Roma*, pág. 186 y 254. A. DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*. Madrid 1956 (ed. J. F. Montesinos): «Y lo primero que haré será mostraros cómo el Emperador ninguna culpa tiene en lo que en Roma se ha hecho. Y lo segundo, cómo todo lo que ha acaecido ha seido por manifiesto juizio de Díos, para castigar aquella ciudad, donde con grande inomínia de la religión cristiana, reinavan todos los vicios que la malicia de los hombres podía inventar» (pág. 14). Véase infra, la intervención de Gattinara en este asunto.

[106] Valdés fue secretario privado del gran canciller y como tal figura en los libros de su Casa, al menos entre 1526 y 1530, «Reportorio delle persone che sono in casa (de Mercurino Arborio di Gattinara)», ASV, FAG, mazzo 8, 12 folios. Sobre esta obra vid. los prólogos y estudios críticos de Rosa Navarro Durán (*Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, Madrid 1994, págs. 15-28, el texto citado en pág. 234) y de José Fernández Montesinos (Madrid 1946, págs. li-lxiii –el texto en págs. 154-155-)

[107] Valdés a Dantisco, Toledo 14 de febrero de 1529, A. FONTAN, J. AXER, *op. cit.*, pág. 217.

[108] Se invitó a Dantisco, en nombre del canciller, a escribir al emperador un alegato sobre la necesidad de convocar el Concilio; Dantisco al rey Segismundo, 17 agosto 1527, *Ibídem*, pág. 204.

[109] Ana VIAN HERRERO, *El diálogo de Lactancio y un arcidiano de Alfonso de Valdés: obra de circunstancias y diálogo literario*, Toulouse 1994, págs. 42-47.

[110] Veanse algunas de estas cartas en, BNM, ms. 1751, fols. 277-285.

[111] J. SÁNCHEZ MONTES, Franceses, protestantes, turcos. Los españoles ante la política internacional de Carlos V. Granada 1995, págs. 70-71 (edic. facsímil con estudio preliminar de J. L. Castellano).

El emperador, según la tradición, velaba por la paz y la virtud de sus súbditos, pero en el caso de Valdés, la *philosophia Christi*, la sátira anticlerical aprendida de Erasmo, la agitación que se daba en Alemania y las mismas tendencias que existían en favor de una reforma *in capite et membris* de la iglesia constituían una serie de causas que le inducían a glorificar a Carlos V como restaurador de la iglesia hasta el punto de afirmar: «menester ha muy buen consejo, porque si él [emperador] desta vez reforma la Iglesia, pues todos ya conocen quánto es menester, allende del servicio que hará a Dios, alcançará en este mundo la mayor fama y gloria que nunca príncipe alcançó, y dezirse ha hasta la fin del mundo que *Jesu Cristo formó la Iglesia y el Emperador Carlos Quinto la restauró*» [112]. Teniendo en cuenta las estructuras de los *espejos de príncipes* y los términos en los que tradicionalmente se expresaba la gloria del emperador, se comprenden fácilmente los atributos y virtudes que le aplica a Carlos V. A la paz y a la justicia, principales quehaceres del emperador [113], le acompañan otras cualidades: la clemencia, caridad, modestia, etc. En resumen, Carlos V quedaba presentado por Valdés como un emperador entregado al interés de la Cristiandad, libre de ambición y de codicia, pacífico, justo, clemente, virtuoso, modesto y además animoso. Tales ideas, difundidas entre las elites cortesanas de Castilla justamente antes de iniciar el viaje a Italia para ser coronado emperador, inducían a que los castellanos viesen como necesario el periplo que preparaba Carlos V y creaban un aureola en torno a su persona de gobernante justo, pacífico y dialogante que predisponía a admitirlo como protector [114].

En este sentido, hay que apuntar cómo la necesidad de pasar a la península itálica se había hecho más acuciante tras el Saco de Roma: «Italia no solo es el tablero donde ha de dirimirse la supremacía continental, sino que en ella se levanta la Roma pontificia, frente a la cual, el imperio carolino (...) Ha de definirse inexcusablemente. Por esta causa, los cuatro años que transcurren desde la batalla de Pavía a la coronación de Bolonia son justamente considerados como decisivos en la gestación y desarrollo de la idea imperial en el César» [115]. La paz pasaba por Roma, mientras Italia se constituía en la plataforma de un futuro imperial firme. «El programa que en este momento define el emperador, como máxime responsable de la cristiandad, afecta dos dimensiones: el imperio como entidad espiritual, destinada a procurar del Papa el concilio general que ha de restaurar la unidad católica, y como entidad política, que no apetece conquistas territoriales, sino a conservar lo heredado» [116].

Paradójicamente, uno de los efectos más devastadores del *Saco* fue la crisis de los principios humanistas en la política imperial, pues se emplearon como justificación de lo realizado pero no como cimiento para edificar una nueva realidad política. En 1529, en este clima de ansiedad y expectación generado por la cisura de 1527, Luis Vives publicaba su tratado *De concordia y discordia in humano genere* en el que clamaba por la paz de la Cristiandad, poniendo las esperanzas en Carlos V, a quien dedicó la obra. Los méritos y el poder del emperador y la autoridad de la Iglesia en un concilio general –aspiración que también tenía el propio Carlos– podrían devolver, a juicio de Vives, una paz estable y duradera a Europa. Concretamente, en el libro cuarto, le recordaba al emperador sus triunfos y le decía que sus triunfos solamente se explican por el poder divino, que le está señalando las altas empresas a las que debe aspirar: «Nadie pone en duda que estás llamado al cumplimiento de una misión cuyo resultado ha de ser sólido y fructífero para la potestad, misión tal que el mundo la desea y ardientemente la solicita, es a saber, el establecimiento de una paz firme y duradera en cuanto sea posible, entre los príncipes, y el de la concordia de las opiniones, cosa que yo juzgo más útil y de mayor necesidad para el género humano ...». Para llegar a este fin, Vives proponía la celebración de un concilio general con el que remediar tanta confusión en el Imperio [117]. Desde luego, el tratado de Barcelona bien poco tenía que ver con estas expectativas. En él se pospuso el Concilio y se adoptó una solución política, ni el emperador actuó como Monarca Universal ni el Papa como pastor, fue un arreglo entre las casas de Habsburgo y Médicis. El desencanto no tardó en hacerse sentir y no sólo afectó a Italia donde,

---

[112] A. DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, págs. 54-55. El subrayado es nuestro.

[113] «A mi parecer, el officio del Emperador es defender a sus súbditos y mantenerlos en mucha paz y justicia, favoreciendo los buenos y castigando los malos» (A. DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, pág. 15).

[114] Sobre la influencia de los intelectuales en Carlos, J. BENEYTO, *España y el problema de Europa*, págs. 207-210.

[115] J. VICENS VIVES, «Imperio y administración en el tiempo de Carlos V», pág. 12.

[116] *Ibidem*, pág. 15.

[117] R. ARCO Y GARAY, *La idea de Imperio en la política y la literatura españolas*. Madrid 1944, pág. 157.

según Chastel «el generalizado espíritu de optimismo del renacimiento ya no era posible», sino que también dio al traste con la esperanza de una renovación o reforma efectuada desde los poderes imperial y papal [118].

Las esperanzas de Reforma se vieron truncadas por el realismo con el que procedió el emperador en la liquidación de la guerra y la construcción de la paz. La paz de Cambray (5 de agosto de 1529), alejó aún más la perspectiva de un nuevo orden, no fue sino una transacción y acuerdo sobre viejas disputas dinásticas. Por él se acordaba «en lo que toca al ducado de Borgoña, Auxerois, Maconois, Barsobresena, Vizcondado de Auxona, y su superioridad de San Lorenzo, la restitución de lo cual fue otorgado y prometida por la capitulación de Madrid» [...] «el dicho señor rey Cristianísimo quita y deja al dicho señor emperador todos y cualesquier derechos de jurisdicción y superioridad que él y sus predecesores reyes de Francia han tenido y sus sucesores podían pretender y demandar en los condados de Flandes y Artois, ...» (art. VI). «... recíprocamente, el dicho señor Emperador por sí y por sus herederos y sucesores renunciará, cederá y traspasará, ... , en el dicho señor rey y sus herederos y sucesores, cualesquier derechos, acciones y pretensiones, que el dicho señor Emperador y sus predecesores han tenido y pretendido y al presente tienen y pretenden ... en las villas y castellanías de Perona, Mondidier y Roya y en los condados de Bolones, Guienes y Ponthieu y en las villas y señoríos situados sobre la rivera de Sona, de una parte y de otra» (art. X) [119].

Por consejo de su tía, Carlos V no embarcó hacia Italia hasta que no se hubo firmado la paz de Cambray [120], porque dicha concordia –como sabía bien Margarita– «humilló los ánimos inquietos de Italia y otras partes, que por ser poco poderosos, faltándole el arrimo de Francia, no se atrevieron a tratar más de las armas» [121]. Todo ello, rebajó la unanimidad en torno al viaje a Italia, pues había razones para considerar que ya no acuciaba la necesidad de poner orden en la Cristiandad, la «real politik» operada en los años 1528 y 1529 se había encargado de devolver las aguas a su cauce. Esta división de criterios la reconoció el propio soberano: «Muchos de aquéllos con quien yo he platicado este gran negocio me han aconsejado que vaya, y otros, por el contrario, me han dicho que no vaya» [122]. En la corte de Castilla, por ejemplo, Juan Tavera se manifestaba contrario a esta tendencia [123], mientras que el duque de Alba era partidario de la política italiana [124].

---

[118] A. VIAN HERRERO, *op. cit.*, pág. 48; A. CHASTEL, *op. cit.*, págs. 230-252; Eladi ROMERO, *El imperialismo hispánico en la Toscana durante el siglo XVI*, Lérida 1986, págs. 20-23.

[119] Los acuerdos de dicha paz en, P. DE SANDOVAL, *Historia de la vida y hechos del Emperador*, 3 vols., Madrid 1956, II, págs. 339-354. También se encuentran manuscritos en BNM, ms. 982; ms. 1009, fols. 319r-351r.

[120] «Et me semble, monseigneur, a correction, que ne ferez mal de differer vostre embarquement iusques a ce que scachez, quelle fin prendra ladicte journee de Cambray, et a quel jour voz gensdarmes de pardeça et les lansquenectz seront prestz a marcher» (K. LANZ, *Korrespondenz der Kaisers Karl V*, 3 vols., Frankfurt/Main 1966 (1ª ed., Leipzig 1844-1846), I, pág. 303, carta de Margarita a Carlos, fechada el 26 de mayo de 1529).

[121] SANDOVAL, *Historia de la vida y hechos del Emperador*, II, pág. 357.

[122] A. DE SANTA CRUZ, *Crónica del emperador Carlos V*, Madrid 1920-1925, II, págs. 456, y 453-454: «Y como en este tiempo viese el Emperador que las cosas de Italia estaban más sosegadas, le tomó gran deseo de pasar en ella a coronarse, y no obstante el demasiado deseo que para ello tenía, le provocaban a ello muchos, principalmente Mercurio de Gatinaria, gran Canciller, y fray García de Loaysa, obispo de Osma, diciéndole la gran gloria y honra que sacaría de la jornada, aunque algunos no dejaban de murmurar que no lo hacía tanto por la coronación de su Majestad cuanto por los capelos de cardenales que ellos tenían por cierto que el papa les daría, como después aconteció. Muchos otros caballeros aconsejaban al Emperador que no pasase ni hiciese dicho viaje, poniéndole delante cómo estaba muy gastado de las guerras pasadas y que todavía tenía el Rey de Francia y el duque Francisco Sforcia y venecianos muy grande ejército en Italia ... Otros ... le decían como su Majestad no tenía más de un hijo y que debía de esperar a que Nuestro Señor le diese otro ...; y asimismo le ponían delante los alborotos pasados de las Comunidades y que como hubiese muchos señores poderosos en España y descontentos, que podría ser que no fuese obedecido en Italia y que se levantasen en España... Pero esto no fue parte para quitarle de su propósito, y para esto envió a Mr. De Monfort, privado suyo, al Rey de Hungría, su hermano, haciéndole saber como estaba determinado de pasar a Italia a coronarse como habían hecho sus antepasados ... y otros dos privados dichos Mr. De Beur y Mr. De Balanson envió a Italia y Lombardía a que diesen parte de su ida al Príncipe de Orange y al capitán Antonio de Leiva para que éstos, como hombres expertos en las cosas de la guerra, le escribiesen los inconvenientes .. También dio Su Majestad parte de su ida al capitán Andrea Doria, el cual respondió ... que hasta ser desecho el ejército de la liga no debería emprender aquella jornada».

[123] F. CHABOD, *Carlos V y su Imperio*, Madrid 1992, págs. 119-124, y *Lo Stato di Milano nell'imperio di Carlo V*, pág. 35. Esta división de pareceres evolucionó hasta la disyuntiva planteada en la paz de Crèpy, en 1544, ÍDEM, «Milán o los Países Bajos ...? Las discusiones en España sobre la "alternativa" de 1544». *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada*. Granada 1958, págs. 331-372.

[124] La familia de los Alba siempre estuvo unida a Fernando el Católico. Sobre la relación de los duques de Alba y el surgimiento de la Casa en tiempos del Rey aragonés, C. J. HERNANDO SÁNCHEZ, *Castilla y Nápoles en el siglo XVI. El virrey Pedro de Toledo*. Junta de Castilla y León 1994, págs. 43-54.

Este ambiente hizo que el emperador hubiera de reafirmar su propósito y expresar, con meridiana claridad, la finalidad del viaje, según nos transmite el cronista Santa Cruz: «y acerca de esta mi ida yo lo tengo platicado con muchos de mis privados y lo he escrito a algunos fuera de España y encomendado a muchos amigos de Dios, y muchas horas me he desvelado sobre ello, y con todo yo estoy determinado de hacerla, *y no bastará a apartarme de ella ningún parecer y consejo* [...]. Razones para ir: no es por «quererme coronar», sino: 1) *«es para procurar y trabajar con el papa que celebre un general concilio en Italia o en Alemania para desarraigar las herejías y reformar la Iglesia»*. 2) «Es también mi intención de pasar en Italia para reformarla y asosegarla y apaciguarla». 3) «... por ver los Reinos y Estados y vasallos que tengo en ella» [125].

En definitiva, si la batalla de Pavía hizo tomar conciencia a Carlos V de su primacía política en Europa, el saco de Roma le obligó a plantearse sus relaciones con el papado, el papel que debía desempeñar dentro de la Cristiandad y la justificación ideológica de su Imperio [126]. Lo más interesante de este proceso es que en la elaboración de la paz de Madrid, se minusvaloró y relegó el componente universal de la autoridad imperial y ello fue debido al esquema ideológico erasmista de sus fautores, el virrey Lannoy y los consejeros flamencos. Quizá la única persona que en el séquito imperial advirtió que la primacía política no podía consolidarse si, a su vez, no se planteaba la función universal del emperador fue el Gran Canciller Gattinara, el cual vio los puntos débiles de la doctrina de paz desarrollada, augurando que se reanudaría la guerra, persistiendo el conflicto en tanto no se definiesen las esferas competentes a los poderes del papado y del Imperio [127]. La habilidad de Gattinara consistió en llevar a buen puerto su idea de *Monarchia Universalis* utilizando el lenguaje humanista cristiano, pero con un propósito muy diferente al manifestado por Erasmo, dándole la vuelta como un guante para utilizarlo en aras de un *idearium* netamente gibelino al cual se adhería la tradición política española. A la postre, se elaboró una doctrina imperial, producto de la síntesis, abierta a diferentes lecturas, y útil en cuanto instrumento ideológico o propagandístico puesto al servicio de una práctica eminentemente patrimonial y dinástica.

De dicha síntesis, nació una presentación diversa y multiforme de los motivos del viaje a Italia, acorde con todas las sensibilidades y tradiciones [128]. Los italianos y el pontífice recibieron al emperador y firmaron la paz con él como *cabeza* de la Monarquía Universal y guardián de la Cristiandad [129], sin embargo en su discurso ante el Consejo de Castilla –tal como lo narra Santa Cruz– ponía como fundamento primordial de su partida la función religiosa y la erradicación de la herejía. A su hermana María, escribía por estas mismas fechas, asegurándole que lo que le obligaba a ir a Italia era, en primer lugar, la situación de Italia y, además, obtener la paz entre príncipes cristianos [130]. Una carta, enviada por el mismo tiempo, a su embajador en Roma hacía hincapié en los mismos temas, si bien, introducía el problema turco [131]; por el contrario, en una carta que escribía a sus amigos Gerard de Rey y Filiberto de Orange, ambos caballeros del Toisón y amigos personales de Carlos, les comunicaba que buscaba honor y reputación y que Italia le parecía el mejor sitio para conseguirlo [132].

8.5. El «momento» del Gran Canciller Gattinara

Las vicisitudes del secretario Alfonso de Valdés nos pueden servir de hilo conductor para seguir el proceso de pérdida y recuperación del la gracia del emperador por parte del Gran Canciller Gattinara, acaeci-

---

[125] Santa Cruz, II, págs. 455-457.

[126] Sobre el tema, F. Bosbach, *Monarchia Universalis*, págs. 35-63.

[127] Vid. documento autógrafo de Gattinara «Lo que Su Md. os ha mandado comunicar de las cosas de su Estado», año 1526, BRT. MSI. núm. 75, 139-146, 149-151v°.

[128] F. Yates, «Charles Quint et l'idée de l'empire», J. Jacquot (coord.), *Les Fêtes de la Renaissance. II.– Fêtes et Cérémoines au temps de Charles Quint*. París 1960, págs. 57-97. Hace un buen resumen de ello, M. Rady, *Carlos V*. Madrid 1991, págs. 95-97.

[129] Así se manifiesta en las numerosas representaciones pictóricas que se hicieron del acontecimiento, M. Serrano Marqués, «Las otras coronaciones. Representaciones de la Jornada de Bolonia en los palacios italianos», *La imagen triunfal del Emperador: La jornada de la coronación imperial de Carlos V en Bolonia y el friso del ayuntamiento de Tarazona*. Madrid 2000, págs. 113-141.

[130] W. Bauer y R. Lacroix, eds., *Die Korrespondenz Ferdinands I*, II/1,Viena 1937, págs. 296-298.

[131] *Letters and Papers (Spanish)*, III/2, pág. 912.

[132] C. Weiss, ed., *Papiers d'État du Cardinal de Granvelle*. París 1841, I, págs. 429-430.

da en el breve periodo comprendido entre febrero de 1526 y diciembre de 1527. En el ambiente de disputas y profundos desacuerdos manifestados a la vista de toda la corte entre el emperador y su Gran Canciller, agudizados con el fracaso de Lannoy para convencer a Francisco I de cumplir lo pactado en el tratado de Madrid, Valdés se convirtió en algo más que un simple secretario de la casa de Mercurino Arborio, pues sobre sus espaldas se cargó la responsabilidad de actuar como *alter ego* de su patrono[133]. Para ello puede que influyeran dos cuestiones, la falta de entendimiento entre el Canciller y el emperador (cuya raíz era la discordia con los consejeros españoles) y la necesidad de actuar por medio de una persona interpuesta, tanto para ocultar su protagonismo en la campaña antiromana (con la esperanza de obtener el capelo cardenalicio prometido por Clemente VII) como por contar con alguien que, a través de Erasmo, iba a conectarle con un sector de peso de la élite castellana [134].

A Valdés debemos atribuir casi con toda seguridad la dura campaña de propaganda hostil a la Santa Sede desplegada por la corte. También debemos atribuirle la transformación del lenguaje de la Cancillería hacia un discurso erasmista de tono decididamente anticurial. A nuestro juicio, no fueron los círculos erasmistas españoles los que estimularon la política antipapal, la publicística imperial se sirvió de ellos, lo cual produjo una reacción anti-erasmiana en los círculos humanistas italianos. Castiglione, que había utilizado a Erasmo en la redacción de algunos pasajes de Il cortegiano, se revolvió furibundo contra éste en marzo de 1527, criticándolo por bárbaro y cuya erudición apenas si tenía valor comparándolo con Pontano. La habilidad del secretario de Gattinara consistió en hacer entrar al erasmismo en la arena política y hacerlo tomar partido, instrumentalizándolo al servicio de la política de Carlos V[135].

Obviamente, el nuncio papal, Castiglione, enderezó su crítica y sus protestas no contra el Gran Canciller, sino contra Valdés. Lo cual tuvo efecto muy poco tiempo después de circular las primeras copias manuscritas de la *Apología pro divo Carolo*, en respuesta al breve del 23 de junio de 1526, lamentándose ante el propio Gattinara [136]. Pese al disimulo, la sombra del Gran Canciller se proyectaba con fuerza en la campaña de propaganda [137], pues poco antes de escuchar al nuncio había propuesto a Erasmo que editase la *Monarchia* de Dante, el cual fue consciente de la instrumentalización de que era objeto, desmarcándose con la advertencia de que el camino seguido podía conducir a la tiranía universal [138]. Mientras arreciaba la campaña propagandística, cuyo clímax se produjo con la publicación impresa en Mainz de *Pro divo Carolo* el mismo año de 1527, Gattinara dimitió y se embarcó rumbo a Italia [139].

Este hecho ha sido objeto de múltiples interpretaciones y dio origen a un interesante debate que formó parte de la tan manida discusión sobre la «idea imperial». Para Menéndez Pidal era prueba de la divergencia de criterios entre el emperador y su Canciller[140]. Brandi, por su parte, resaltó, no sin manifestar cierta per-

---

[133] Sobre Valdés véase Fermín CABALLERO, *Conquenses ilustres. Alfonso y Juan de Valdés*, tomo IV, Madrid 1875, págs. 316-319; M. MENENDEZ PELAYO, *op. cit.*, vol. I, págs. 744-747; M. BATAILLON, *Erasmo...*, *op. cit.*, págs. . En cuanto a Valdés y Gattinara además del hecho de ser miembro de su familia y secretario personal (aparece en los libros de familia, es autor de los inventarios de sus bienes y así mismo inspecciona las cuentas del camarero de la casa, Gerolamo Ranzo, de agosto de 1527 a mayo de 1529, todo ello en ASV. FAG. mazzo 8), cabe interpretar los elogios así como el legado que le deja en sus disposiciones testamentarias, donde le incluye entre sus servidores dignos de la estimación de herederos: «Et si quispiam ex caeteris servitoribus meis cupiat eisdem meis heredibus aut alteri eorum inservire, eosdem tamquam fideles et expertos caeteris extraneis praeferendos censeo, eosque commendatos suscipi jubeo, ac condecenter juxta cuiuslibet ipsorum qualitatem tractari, et admitti. Egregio viro Alfonso Valdesio, Secretario Caesareo qui diutius in meis obsequiis vacavit, et varios labores assumpsit tam in cancelleria Imperii, quam in aliis negotiis meis», etc... Vincenzo PROMIS, «Il testamento di Mercurino Arborio di Gattinara, Gran Cancelliere di Carlo V», *Miscellanea di Storia Italiana*, núm. 18 (Torino 1879), pág. 89.

[134] Esta intencionalidad se percibe en la carta escrita por Gattinara a Erasmo el 1 de octubre de 1526, en la que refiere la existencia de tres partidos, los papistas, los herejes, y los hombres de «buena voluntad», grupo en el que se incluía él, el filósofo y todos los amigos de la causa imperial; M. CAPELLINO, art.cit. pág. 35; M. BATAILLON, *Erasmo...*, *op. cit.*, págs. 226-236.

[135] M. BATAILLON, *Erasmo...*, *op. cit.*, págs. 228-229; M. MENÉNDEZ PELAYO, *op. cit.*, vol. I., págs. 744-746;

[136] M. POZZI, *op. cit.*, págs. 20-22.

[137] En septiembre de 1526, se atribuyó su respaldo a la propaganda antiromana al incumplimiento de la promesa del Papa de hacerle cardenal, C. BORNATE, *op. cit.*, pág. 322 n.1.

[138] M. CAPELLINO, *op. cit.*, págs. 35-36; F. BOSBACH, *op. cit.* págs. 48-51, H.M. HEADLEY, *op. cit.*, pág. 111; M. BATAILLON, «Erasmo et la chancellerie imperiale», art.cit., pág. 29.

[139] H. HEADLEY, *The Emperor and his Chancellor*, Cambridge 1983, págs. 86-113; K. BRANDI, *op. cit.* págs. 195-200.

[140] *Op. cit.* págs. 20-24.

plejidad, la mudable condición del gran canciller, sus recovecos y la compleja relación que mantuvo con la corte imperial. El ilustre historiador alemán captó, pero eludió abordar en detalle, el humor cambiante de Gattinara, que tan pronto lo situaba fuertemente comprometido en la política de Carlos V como lo alejaba radicalmente de ella y, como ocurrió en 1527, lo mantuvo cerca y a la vez muy distante de un acontecimiento capital del reinado y de la historia Europea del siglo XVI, como fue el *Sacco* de Roma[141]. Marcel Bataillon, por último, expuso la, a nuestro juicio, más incisiva interpretación del suceso, si bien Gattinara había caído en desgracia y era Lannoy quien gozaba del favor, la calamitosa política desarrollada por sus rivales cortesanos, carente de realismo, empujaba inexorablemente a recurrir a él tarde o temprano: «Gattinara triunfa: su política es la única que los enemigos de Carlos V hacen posible»[142]. Su alejamiento, precisamente, habría de servir para facilitar su regreso, toda vez que el vacío de su presencia en el Consejo quedaba suficientemente paliado al cubrir su ausencia Valdés y cerrar toda posible alternativa con su maridaje de última hora con el erasmismo (el «tercer partido» al que hacía referencia en carta a Erasmo, única salida previsible tras la conclusión de la guerra con el papa) [143].

La excusa de su partida la facilitó la necesidad de resolver sus asuntos particulares, su deseo de dar forma a su *Estado* en el Piamonte y Lombardía [144]. El 18 de marzo obtuvo licencia, en abril se hallaba en el monasterio de Montserrat, donde permaneció algo más de un mes dedicado a la oración en cumplimiento de una promesa. Embarcó en Palamós el 29 de mayo, el 8 de junio arribó a Mónaco y se alojó en el palacio del arzobispo Agostino Grimaldi. Según relata en sus memorias, mientras descansaba en el principado, llegó un correo del virrey de Nápoles «diede nova della morte del Duca de Borbone et della presa della Città di Roma fatta con gran stragi di tutte due le parti, et che il Castello St. Angelo si era reso, et era restato prigion(er)o il Pontefice con tredici cardinale». Es decir, insinua que tuvo noticia del desenlace de la guerra con mucha posterioridad a los sucesos, a mediados de junio como muy pronto [145]. En la narración se modifican los tiempos para subrayar el distanciamiento con todo lo acaecido en torno al *Sacco*, pero resulta chocante que no estuviese más puntualmente informado teniendo en Roma a un agente, Francisco Salazar, y su hermano Lorenzo y, junto a Lannoy, a su sobrino Giovanni Bartolomeo, regente del Consejo de Nápoles (además tanto a su agente como a su sobrino debemos los quizá mejores informes de lo sucedido) [146]. Más aún, según informaba Martín de Salinas, recién llegado a Mónaco despachó un correo notificando su regreso, lo cual sorprendía a dicho secretario: «aunque dudo dexe de estar en continua querella y no muy en la gracia de S.M.»[147]. Es obvio que mientras realizó su viaje estuvo puntualmente informado del curso de los acontecimientos, incluso su estancia en Montserrat fue un subterfugio para ganar tiempo y, si no regresó más rápido fue porque cuando se disponía a ello quedó atrapado en Génova, asediada por los franceses [148].

En la recuperación de la gracia trabajaron en favor de Gattinara la desaparición de sus rivales y el hecho de representar la única alternativa posible. Su «tercer partido» tenía dimensión imperial, su trasfondo erasmista le confería un más que razonable consenso y su secretario Valdés había difundido hasta la saciedad

---

[141] K. BRANDI, *Carlos V. Vida y fortuna de una personalidad y de un imperio mundial*, México 1993, págs. 195-207.

[142] *Erasmo...*, *op. cit.*, pág. 229. En sus memorias, Gattinara no puede ocultar una mezcla de irritación y regocijo al observar cómo Lannoy se encaminaba al precipicio y a pesar de todo el emperador le mantenía en su confianza. Se muestra sarcástico con su pretensión de invitar al Papa a España para, junto con el emperador, trazar un plan de paz universal. Cuando se hallaba en Montserrat en abril de 1527 tuvo noticia de la tregua firmada entre el pontífice y el virrey de Nápoles y al leer que Clemente VII estaba dispuesto a viajar a la península ibérica juzgó que era un engaño. *Vita del Gran Cancelliere Mercurino*, fols. 86-87, ASV, FAG, mazzo 3.

[143] Martín de Salinas, que no debía sentir mucha simpatía por Gattinara, indica que pese a ser notoria la caída en desgracia del Gran Canciller le causó no poco asombro la seguridad con la que éste manifestaba que no tardaría en regresar a la Corte: «El Chanciller escribe a V.A. la causa de su ida segun a mi me hizo saber y lo que publica por donde va es ir con licencia de tiempo limitado, creo para con ello recibir favor, mas que ser asi como se publica; y V.A. puede creer el contrario, porque S.M. no admite sus suplicaciones ni a quien por él las hace de buena parte. Creo segun tengo entendido que él está ya arrepentido y S.M. no, de haberse hecho quito dél», Valladolid 22 de mayo de 1527, A. RODRÍGUEZ VILLA, *El emperador...*, *op. cit.*, doc. 151, pág. 20.

[144] *Vita del Gran Cancelliere Mercurino*, fols. 86. ASV, FAG, mazzo 3; G. ROSSO, art.cit., págs. 53-60

[145] *Vita del Gran Cancelliere Mercurino*, fols. 89-90. ASV, FAG, mazzo 3.

[146] A. RODRÍGUEZ VILLA, *Memorias...*, págs. 142, 151, 180-200.

[147] Valladolid 19 de agosto de 1527 (duplicado de cartas enviadas y no recibidas por D. Fernando durante los meses de junio y julio), A. RODRÍGUEZ VILLA, *El emperador...*, *op. cit.*, doc. 154, pág. 27.

[148] C. BORNATE, *op. cit.*, págs. 349-353; A. RODRÍGUEZ VILLA, *El emperador...*, *op. cit.*, doc. 145, pág. 25; informe de Giovanni Bartolomeo Gattinara, s.d., BRT. MSI. núm. 75, fols. 774-778.

cómo no cabía otra salida. Además, los pocos obstáculos que pudieran interponerse quedaron allanados rápidamente, la disolución de la Junta de Valladolid, la prohibición de crítica a Erasmo y la caída de sus rivales cortesanos (siendo la de Juan Alemán la más notoria pues fortalecía a su partido y al erasmismo beligerante de que hacía gala)[149]. Al mismo tiempo, es constatable la puesta en marcha de sus proyectos y la aceptación de sus propuestas: convocatoria de Cortes para recaudar fondos, reorganización del gobierno, viaje y recomposición del orden de Italia y de la Cristiandad a partir de la coronación imperial efectuada por el papa[150]. Señal de todo ello fue que Clemente VII se apresurase a concederle el tan ansiado capelo cardenalicio para ganar su favor [151].

Consciente de los riesgos que entrañaba el viaje del emperador a Italia, con la mira puesta en los disturbios de 1520, el Gran Canciller concedió prioridad a la reforma y organización de los reinos y estados de España antes de que partiese la Corte. Significativamente, el 22 de abril de 1528 fue nombrado canciller de por vida de las audiencias de Nueva España y la Española y recibió el sello de las Indias con todos los emolumentos y derechos que se derivaban de dicho oficio[152]. Este honor, marcó el punto de partida de un amplio proceso de reforma gubernativa que llevó a la construcción de la *Monarchia Indiana* (realidad plasmada con la creación de un sello y cancillería singularizados), con la instauración del virreinato en América inspirado en el modelo que, durante las Cortes de Monzón de 1528, diseñó para la Corona de Aragón. En agosto de 1529 se reunió una junta para tratar la reorganización del gobierno de las Indias y a lo largo de los meses de octubre y noviembre, mientras la corte se desplazaba por Italia se fue perfilando lo que iba a ser el sistema virreinal americano[153]. Al mismo tiempo, se elaboraban unas «Ordenanças por el Consejo de Aragón» que pudieron constituir el modelo que serviría para el virreinato americano, pues contenían una propuesta para los reinos y estados de la Corona de Aragón muy semejante al modelo instaurado en Indias [154].

Tanto en la Corona de Aragón como en los reinos de Indias, la ausencia del soberano se supliría con mecanismos que garantizasen que los virreyes «no fuesen reyes», descartando el modelo virreinal puro que ensayó Chièvres en 1521, haciéndolos dependientes y subordinándolos directamente a la corte imperial. El poder y la autoridad se hallaban así fuerte y crecientemente personalizados en el soberano. La jerarquía política, que dimanaba de su persona, se articulaba en diversos niveles (determinados por la jurisdicción del soberano y el marco territorial de cada estado, reino o señorío) ocupados por «hombres del rey» que eran siempre dependientes y no duplicaciones suyas. No obstante, los virreyes y lugartenientes continuaron siendo figuras equivalentes al soberano, la sede o capital donde residía su corte constituyó el centro político del territorio. De este modo la ausencia del soberano no significaría su desaparición al tiempo que se garantizaba el control de los territorios sin necesidad de que el soberano residiese en ellos. Muy probablemente, la regencia tutelada de la emperatriz se inspiró también en estos criterios.

Con estas medidas, se respaldaba la puesta en marcha del «tercer partido» impulsor de la Monarquía como poder arbitral y defensor del Derecho, garante de la paz y de la justicia y mediador de los litigios, y cuya erección habría de coronarse con el viaje a Italia[155]. Hasta su muerte, el 4 de junio de 1530 en Innsbruck cuando se dirigía a la Dieta Imperial, Gattinara supo dar respuesta a su señor de las cuestiones inmediatas que le acuciaban y sostener el poder adquirido por la fuerza asimilándolo a la dignidad imperial, arropándola de sentido y significado. De ello se vanaglorió en sus *Memorias* y aun cuando pudiera exagerar, no hay

---

[149] La junta formada para examinar la ortodoxia de los escritos de Erasmo fue disuelta al tiempo que quienes denunciaron a Valdés de heterodoxia (como Lallemand) fueron perseguidos, para testigos como Martín de Salinas y Juan Dantisco aquello evidenciaba el poder adquirido por el Gran Canciller, interpretando aquello no como un debate doctrinal sino como resultado de la pugna de facciones cortesanas, vid. Salinas a D. Fernando, Barcelona 22 de junio de 1529, A. RODRÍGUEZ VILLA, *op. cit.*, doc. 185, pág. 223; cartas de Valdés a Dantisco, 11 de mayo de 1528, A. FONTAN, J. AXER, *op. cit.*, págs. 210-211 y de Dantisco a Tomicki, 28 junio 1528, *ibídem.*, págs. 211-212.

[150] C. BORNATE, *op. cit.*, págs. 343-373.

[151] Clemente VII le concedió el capelo cardenalicio el 13 de agosto de 1529 con el título *ante Portam Latinam*. Pergamino original en ASV. FAG. mazzo 9.

[152] Madrid 28 de abril de 1528, ASV, FAG, mazzo 8.

[153] J.I., RUBIO MAÑÉ, *El Virreinato*, México 1955, vol. I, págs. 17-22; J. LALINDE, «El régimen virreinato-senatorial en Indias», AHDE., XXVII 1967, págs. 5-244..

[154] Véanse con detalle, *infra*, cap. 9.

[155] Gattinara al emperador, 7 de enero de 1529, BRT, MSI-75, fol. 147.

que olvidar que tanto el aparato propagandístico, simbólico e incluso intelectual del Imperio de Carlos V partieron del empuje de esta coyuntura crítica de los años 1527-1530[156]. Esta nueva circunstancia, al final de su carrera explica en parte los juicios contradictorios de sus contemporáneos, antes de 1527 embajadores como el polaco Dantisco o el veneciano Contarini lo presentaban como petulante, supersticioso y corto de luces, después sus opiniones lo valorarán no tanto como estadista sino como hombre de confianza del emperador, tal y como lo describió el embajador Tiépolo en 1530: «César se confiaba en sus consejos y opiniones, y sólo a él llegaban todas las cosas que suponían concesiones o necesitaban deliberaciones. Gattinara, sin intervención posterior del Emperador tomaba a su cargo las resoluciones y resolvía él mismo» [157].

En lo que se refiere a las realidades, la huella de Gattinara fue muy leve, sus proyectos no se llevaron a la práctica y la gobernación tal como la había encaminado en 1528 quedó en vía muerta en 1530. No le preocupó Castilla, sino Italia, tampoco le preocupó tejer una red clientelar que, situada en los puestos clave del poder continuase su obra, todo lo cifró en su relación personal con Carlos V, y de ahí el reproche del secretario Alfonso de Soria, concerniente a sus reformas del gobierno de la Corona de Aragón y que son extensibles al conjunto de sus proyectos de organización del gobierno: «pensando v.s. en ordenar todo sería desordenarlo todo (...) ni para ordenarlos sería justo ni servicio de su majestad desordenar y anichilar nuestros officios»[158]. Una nueva generación accedía a la confianza del emperador y, muestra de dicho cambio, fue que no se nombró otro gran canciller para reemplazarle[159]. Su último influjo se dejó sentir en el viaje a Italia y la coronación de Bolonia[160].

8.6. De la coronación imperial de Bolonia a la acción de Túnez: La construcción de un nuevo «sistema italiano»

El congreso de Bolonia y la coronación imperial en aquella ciudad constituyeron la culminación de un proceso de fusión de las diversas opciones «imperiales» manejadas en la corte de Carlos V, y que se había iniciado tras los convenios de paz de Barcelona y Cambrai[161]. Gattinara hubiera preferido que la coronación se hubiera celebrado en Roma, mostrando el apogeo de la potencia de Carlos V, como un nuevo Carlomagno dispuesto a dar una nueva forma y un nuevo orden a la Cristiandad. Bajo ese velo, había un sentido mucho más pragmático, el emperador sustentaría su poder sobre el Derecho, garantizaría que cada uno poseyese lo suyo, y no desde una posición unilateral, sino desde el diálogo con todos. La idea era que, antes de proceder al concilio era necesario restablecer el orden político en Italia bajo un nuevo panorama: la liquidación del sistema de equilibrio y la asunción de la hegemonía imperial. Para ello se convocó el congreso de paz de Bolonia, presidido por Mercurino Arborio y por el cual los distintos potentados italianos fijaron su cuota en un sistema copartícipe de orden y defensa, encabezado, dirigido y articulado por Carlos V, el cual

---

[156] R. Strong, *Arte y poder*, Madrid 1988, págs. 85-104; A. Chastel, *op. cit.*, págs. 395-424; P. Gabaudan, *El mito imperial. Programa iconográfico en la Universidad de Salamanca*, Salamanca 1998, págs. 21-41; F. Checa, *Carlos V y la imagen del héroe en el Renacimiento*, Madrid 1987, págs. 175-183; W. Eisner, «Arte y Estado bajo Carlos V», *Fragmentos* núm. 3 (Madrid 1984), págs. 21-39.

[157] Relación leída al senado en 1530, O. Ferrara, *El siglo XVI a la luz de los embajadores venecianos*, Madrid 1952, pág. 109. Por otra parte, los embajadores genoveses, invariablemente muy bien informados del panorama cortesano, recibían en sus instrucciones detalles sobre los personajes más influyentes y la manera de ganar su confianza, hasta 1529 Gattinara no figura en ninguna instrucción, pero en la dada por el senado genovés a Sinibaldo Fieschi el 12 de diciembre de 1529 se le dice: «Ricordar a Vostra Ill.ma Signoria le visite ordinarie de Grandi e la Corte horamai ce par superfluo. Ella ne intende più de noi. Pure col Reverentissimo Cardinal di Gattinara farà quell'officio che la saprà fare meglio che noi dire e parimenti con nostri Rev.mi Cardinale al qual Gattinara darà le alligate nostre», R. Ciasca, *Istruzioni e relazioni degli ambasciatori genovesi. I: Spagna (1494-1617)*, Roma 1951, pág. 121.

[158] «Dudas de Soria», BRT, MSI-75, fol. 386v.

[159] De esto se dio perfecta cuenta Martín de Salinas, que el 22 de junio de 1529 escribió recomendando al archiduque Fernando que favoreciese a Nicolás Perrenot y a Francisco de los Cobos que, si bien no tenían influencia, no dudaba de que acabarían siendo los principales ministros del emperador, A. Rodríguez Villa, *El emperador..., op. cit.*, doc. 185, págs. 223-224.

[160] Como siempre, la Corte y los consejos estaban en contra del viaje a Italia, pero esta vez se impuso el criterio de Gattinara, Salinas a Fernando I, Barcelona 16 de mayo de 1529, A. Rodríguez Villa, *La Corte..., op. cit.* doc. 180, pág. 219.

[161] K. Brandi, *op. cit.*, págs. 201-229; A. Chastel, *op. cit.*, págs. 395-424; R. Tyler, *El emperador Carlos V*, Barcelona 1959, págs. 46-48; F. Chabod, *Carlos V y su Imperio*, México 1992, págs. 107-112.

se erigía en vigilante y defensor de la paz de Italia[162]. El nuevo orden quedó solemnemente sancionado en la coronación imperial de Bolonia celebrada los días 22 y 24 de febrero de 1530 [163].

Las ceremonias y la comitiva constituyeron un mapa simbólico de esta realidad; allí, figuraron todos los potentados italianos, los duques de Urbino, Montefeltro y Saboya portaron las insignias imperiales[164]. La ceremonia incidió e la imagen de emperador medieval de la Cristiandad, pues, en ella se recordaron las obligaciones que tenía el emperador a través de una deliberada presentación mitológica en la que una serie de emperadores antiguos fueron representados para que le sirvieran como ejemplo, al mismo tiempo que una serie de lemas y pinturas ensalzaron las relaciones que debían existir entre el señorío temporal y espiritual[165]. Tan importante acontecimiento había sido preparado laboriosamente, no solo por Carlos, sino también por parte de sus principales consejeros como su tía Margarita, Nicolás Perrenot o el propio Gattinara, quienes habían intervenido de manera decisiva en tratados diplomáticos tan importantes como el de Barcelona, Cambray, etc., que habían propiciado este singular suceso. Así se contata cuando Luis de Praet escribía a Carlos V avisándole de que había visitado a todos los cardenales para preparar su viaje a Italia, y que a todos les decía que «votre bonne et saincte intecion a honorer et obeyr a Saint siege, procurer la paix Ditalie et en apres luniverselle, pour conuertir vos forces et personnes, si besoing sera, alencontre du Turck, et aussi donner ordre aux heresies regnans»[166]. Por su parte, su tía Margarita le escribía una extensa carta al poco tiempo de pisar tierra italiana en la que, tras advertirle de la actuación que debía tener con cada potentado italiano, le recomendaba preparar una expedición contra el turco en la que debían participar todos los monarcas europeos bajo la guía del emperador, lo que además de mostrar la preeminencia que se quería dar a Carlos, recuerda mucho la organización de las cruzadas y el espíritu de las ligas otrora promovidas por los pontífices[167].

Así, se superó el valor simbólico de la coronación con una serie de iniciativas que hicieron de ella un momento fundacional. Entre marzo y junio, el soberano aún residió en Bolonia para concluir el modelo de «paz y quietud» que habría de imperar en la península. De hecho era la conclusión lógica de los debates habidos antes del 24 de febrero en el aposento del Gran Canciller Gattinara, que determinaron cual habría de ser el futuro de Milán, Florencia, Génova y el conjunto de potencias italianas, y que los historiadores han calificado después como «Congreso de Bolonia». Su punto de arranque lo constituyó la creación de una *liga*, suscrita el 29 de diciembre de 1529 y publicada en Bolonia dos días después, entre Carlos V, su hermano Fernando, el papa, Venecia, Saboya y Milán, junto a otros estados italianos menores, con el fin de neutralizar los intentos de dominio del monarca francés [168]. Este era el pilar fundamental en el cual el emperador ocu-

---

[162] Paz de Bolonia, 23 de diciembre de 1529, C. BORNATE, *op. cit.*, págs. 387-391.

[163] Martín de Salinas a Fernando I, Bolonia 10 de marzo de 1530, A. RODRÍGUEZ VILLA, *La Corte..., op. cit.*, doc. 210, págs. 300-304.

[164] Para una descripción de las ceremonias, que aquí sería prolijo relatar, nos remitimos a la crónica de Enrique CORUCHIO AGRIPA, *Historia de la doble coronación de Carlos V en Bolonia*, ed. española de A. BERNÁRDEZ, Madrid 1934, págs. 157-227.

[165] Véanse: F. CHECA CREMADES, *Carlos V y la imagen del héroe del Renacimiento*. Madrid 1987, págs. 245-258. R. STRONG, *Arte y poder*. Madrid 1988, págs. 87-91. V. CADENAS Y VICENT, *Doble coronación de Carlos V e Bolonia*. Madrid 1985, págs. 169-248. G. M. BORRÁS GUALIS y J. CRIADO MAINAR, «Entre Italia y España: los ecos artísticos de la coronación imperial de Bolonia», *La imagen triunfal del Emperador: La jornada de la coronación imperial de Carlos V en Bolonia y el friso del ayuntamiento de Tarazona*. Madrid 2000, págs. 23-40.

[166] K. LANZ, *Correspondenz des Kaisers Carls V*, I, pág. 322, carta de Luis de Praet a Carlos V, fechada el 5 de agosto de 1529.

[167] K. LANZ, I, págs. 344-345, Carta de Margarita a Carlos, fechada el 2 de octubre de 1529: «Et que nostre sainct pere accordast a tous les princes de pouuoir vendre lesdicts biens a leffect que dessus iusques a telle somme que seroit aduisse; et aussi que doiz maintenant jl leur ouctroyast la croysade, et pareillement aux potentatz qui contribueront a ceste saincte emprinse. De autrement touuer argent en somme que puist ayder pour une telle emprinse est imposible, actendu les grans guerres que les princes chrestiens ont eu, esquelles chacun deux a consome argent inextimable. Et se pourroit tirer pour ceste expedition en chacun cloistre ung, deux ou trois religieux des plus dispostz pour mesler entre les gens de guerre, dont se recouuteroit ung gros nombre. Et pour ce, monseigneur, que de dresser une hournee generale entre tous les princes et potentatz chrestiens, pour deliberer et conclurre sur ce, seroit chose fort longue, me semble que pour laccelerer seroit bien de dresser trois, a scauoir une en Italie, tant por toute Litalie que pour Espaigne; une pardeca pour les royaulmes de France, Dangleterre, Descosse, et voz pays de mon gouuernement; et une autre en Allemaigne pour toute Allemaigne, et ce qui est de lempire pardeça les monts ... Et pour ce, monsiegneur, que larmee que se pourra conclure destre mise sus pour ladicte expedicion ne scauroit estre preste auant le printemps, fauldra aduiser de faire quelque promte assistence de deniers audict seigneur roy vostre frere, pour sen ayder au mieulx quil pourra et, sil est possible, amuser ledict Turc deuant quelque bonne ville, iusques a ce quil pourra auoir plus grand succours».

[168] V. CADENAS Y VICENT, *Doble coronación de Carlos V en Bolonia*, págs. 130-132. «El 31 de diciembre se leía en Bolonia en Bolonia el bando público de la Liga hecha "para la defensa y quietud de Italia", haciéndose marcada alusión a la magnanimidad impe-

paba el lugar del papa como promotor y defensor de la libertad y la paz de Italia, bajo una nueva lectura, la «quietud» de Italia» como sistema de seguridad colectiva amparado por la potencia imperial. La base del cual era la alianza con los potentados, es decir, la alianza con las casas italianas, garantizando su poder y sus patrimonios.

En 1530 el Imperio de Carlos V tomó un cariz marcadamente italiano. Un buen número de italianos entraron al servicio del emperador [169], destacando, entre otros, Gian G. Trissino, Ferrante Gonzaga (incluido en la orden del Toisón, que fue enviado por el emperador a Inglaterra a junto a otro italiano, Gian B. Castaldo), y Marino Caracciolo [170]... agregándose al grupo de italianos que ya servían al soberano, como el eclesiástico napolitano Giovanni Antonio Muscetula, Cesare Fieramosca o Andrea del Burgo [171], entre otros, que conformaron un grupo reconocible que actuaba como correa de transmisión entre la corte y los potentados de Italia. Sin duda, el emperador había triunfado en el plano militar y en el del patronazgo, todos los potentados italianos le estaban obligados por haberles restituido sus estados o estar en vías de hacerlo, en 1528 expulsó a los franceses de Génova y permitió que Doria se adueñara *de facto* de la República, en 1529 repuso a Francesco Sforza en el trono ducal de Milán, los Gonzaga recibieron el ducado de Mantua, Clemente VII se asoció al emperador para que sus armas repusieran a los Medicis en Florencia (1531); solo Venecia mantuvo su neutralidad. El éxito cosechado fue tan completo que el monarca francés tuvo la necesidad de buscar alianzas fuera de Europa para hacer la guerra al emperador y así compensar el desequilibrio de fuerzas existentes. A partir de entonces, las relaciones de Francisco I con el sultán turco se hicieron más intensas, al menos de manera pública y simbólica [172].

No obstante, por debajo de las celebraciones y de los signos anunciadores del cambio, persistía la continuidad. Las relaciones de Carlos V con el papa no terminaron de superar los conflictos anteriores. La principal contradicción se encontraba en que mientras Carlos V pretendía que el pontífice actuase respecto al emperador como se concebía en la tradicional doctrina medieval, Clemente VII se comportaba como si fuera una potencia particular en disputa contra él. Carlos V deseaba que le concediese la confirmación y respaldo de la preeminencia en el contexto de la *Monarquía Universal* y que cumpliese con sus obligaciones como era la convocatoria de un concilio general, pero éste jugaba con su poder de acuerdo con sus conveniencias. Así, a finales de 1530, Clemente VII escribía al emperador dándole largas en la convocatoria del concilio solicitado [173]. Poco tiempo después Carlos y su hermano se lamentaban de la actitud del papa y de los caminos que debían seguir:

> «Y no embargante que vra magt aya hallado esta contradición o tibieza, assí en el papa como en el rrey de Francia para este negocio del concilio, no por esso es rrazón de dexarlo caer y rendirnos en cosa que tanto va y de donde pende el rremedio no solamente de Alemaña, pero de la fe y de toda la christiandad. Porque si la sperança del concilio se quitasse, de la qual se sustentan al día de oy los buenos y los malos, es cierto que se harán todos vicios y peores que nunca por las fuerças y ventajas que de día en día van cobrando los que siguen estas sectas, las quales se estenderán y cundirán por otras provincias y tierras fuera de Alemaña, como ya lo han començado, , y durante esto no es possible tener sossiego ni concordia las cosas del ymperio, y por consiguiente con el Turco no podrá aver descanso ni seguridad tan poco en paz como en guerra, teniendo las espaldas tan mal seguras ...

---

rial, perdonando a Sforza y restituyéndole en su Estado. Era la paz para Italia, que el pueblo de Bolonia festejó adecuadamente» (M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *La España del emperador Carlos V*, Madrid 1982, pág. 453).

[169] Me remito a M. A. OCHOA BRUN, *Historia de la diplomacia española. La diplomacia de Carlos V*, Madrid 1999, págs. 214-119.

[170] F. CHABOD, *Lo Stato e la vita religiosa a Milano nell'epoca di Carlo V*, pág. 39.

[171] G. RILL, *Fürst und Holf in Österreich von den habsburgischen Teilungsverträgen bis zur Schlacht von Mohás (1521/22 bis 1526)*. Wien-Köln-Weimar 1993, págs. 253-261.

[172] G. GALASSO, «L'Italia e Carlo V». *Doce consideraciones sobre el mundo hispano-italiano en tiempos de Alfonso y Juan de Valdés*. Roma 1979, pág. 28; G. POUMARÈDE, «Négocier près la Sublime Porte: jalons pour une nouvelle histoire des capitulations franco-ottomanes», L. BÉLY dir., *L'invention de la diplomatie*, Paris 1998, págs. 71-85; J.P. LAURENT, «Deux écrits sujects à controverse: Les célèbres articles franco-ottomans de février de 1535», *Ordonnances des rois de France. Règne de François Ier.*, Paris 1972, págs. 503-574.

[173] K. LANZ, I, pág. 409, breve fechado el 19 de diciembre de 1530.

> Pareceles a vra magt, que vista la difficultad y contradición que ay en el papa y el rey de Francia para lo del concilio se deue dar auiso dello a los electores y otros príncipes y personas calificadas del ymperio, informándolos de que por parte de vra magt se ha hecho todo quanto ha sido possible, como les fue prometido, para que este negocio viniesse a ffecto, y que se trate y platique con ellos secretamente de hazer algún apuntamiento de concordia sin perjuicio de las cosas esenciales de la fe, y que el conde palatino elector y el cardenal de Maguncia entiendan en ello, como se han offrecido, y que se tome el parecer de los dichos príncipes cerca de lo que se deue hazer quando les conste que el concilio no puede venir en effecto. Yo he pensado en todo esto ... Y temo que no bastarán para esto que entre las manos tenemos, y que será pena perdida y larga negociación, assí por que no se puede guardar secreto tratando con tantas como por estar las personas tan diuisas y apartadas, no solamente en lugares pero en voluntades, que nunca acabarán de juntarse» [174].

Parece como si el pontífice se resistiera a cooperar en la unidad temporal de la Cristiandad siguiendo un consejo que Guicciardini le diera con anterioridad y es que si quería ser respetado por el emperador, debía enfrentarse no solo con sus poderes temporales de naturaleza universal, sino también como principal príncipe italiano, haciéndole ver y tener en cuenta el sistema plural de monarquías que habían surgido ya, coexistiendo diversos emperadores «in regno suo» [175]. Porque Carlos V no se comportaba como magistrado universal, también atendía la defensa de sus territorios patrimoniales y perseguía los intereses de su dinastía, lo cual le situaba en un plano contradictorio pues no estaba por encima de ellos, sino al mismo nivel, colisionando sus intereses con los de otros monarcas europeos, incluido el papa. De ello era perfectamente consciente el emperador, pues de la competencia patrimonial y dinástica nacía y se mantenía un estado permanente de hostilidades. Lejos de estabilizarse, la situación política se hallaba en modificación constante, y él mismo sabía que la coronación imperial apenas modificaba nada, como expresara en carta a su hermano, el 11 de enero de 1530: «las cosas de Alemania van como ves», «los asuntos de la reina de Inglaterra, nuestra tía, que podrían ser causa de nuevas guerras», y ni siquiera parecía factible iniciar la campaña contra el turco [176].

A Carlos le preocupaba no tanto una Monarquía Universal como amarrar a sus clientes dentro y fuera de Italia, por lo que ordenó a su tía Margarita que pasase las pensiones al duque del Palatinado y al obispo de Maguncia [177]. Al mismo tiempo, escribía otra carta a su mujer, contándole los problemas que existían en el Imperio y en Italia, en la cual, desechado todo idealismo, afloraba una percepción realista [178]. La importancia que cobraron los territorios italianos dentro de sus dominios, así como el fallecimiento de algunos consejeros destacados (su tía Margarita y Gattinara) al poco de la coronación imperial, indujeron un cambio profundo en el origen y extracción de los personajes que compusieron la diplomacia imperial [179]. Españoles e italianos constituirían, por delante de los flamencos, la cabeza visible de la dirección política del Imperio, la interrelación entre los potentados y la corte sustentó la trama sobre la que Carlos V articularía su acción, desdeñando y enterrando toda aspiración a la *Monarchia Universalis*. De este modo, no fue percibido como dominador (presunto objetivo del monarca francés), sino como pacificador, al que todos consideraban como protector y señor natural [180].

---

[174] K. LANZ, I, págs. 443-444, carta de Fernando a Carlos, fechada en Praga, 27 abril 1531.

[175] L. DÍEZ DEL CORRAL, *El pensamiento político europeo y la Monarquía de España*, págs. 221-223; J. A. MARAVALL, *Carlos V y el pensamiento* ..., págs. 80-81.

[176] K. LANZ, I, pág. 362; K. BRANDI, pág. 224.

[177] K. LANZ, I, págs. 403, 448-449, etc. véanse varios ejemplos de apadrinamientos.

[178] CDCV, I, págs. 216-221. J. M. JOVER, «Sobre la política exterior de España en tiempos de Carlos V», en: *Carlos V y los españoles*, págs. 86-93. El propio Jover ponía de manifiesto la relación de ambas cartas y el distinto tenor de las mismas. La carta, fechada en Bolonia, a 11 febrero de 1530, fue publicada por primera vez por María del Carmen MAZARIO COLETO, *Isabel de Portugal. Emperatriz y reina de España*. Madrid 1951, doc. X.

[179] M. BATAILLON, *Erasmo y España*, pág. 431.

[180] Así lo presentan las descripciones coetáneas; véase, la introducción y traducción de A. BERNÁLDEZ, *Enrique Cornelio Agripa, filósofo, astrólogo y cronista de Carlos V. Historia de la doble coronación del Emperador en Bolonia*. Madrid 1934. M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *La España del emperador Carlos V*, pág. 450.

Durante la entrada de Carlos V a Bolonia, la gente gritaba «¡Imperio, Imperio!, ¡libertad, libertad!». En la utopía del «villano del Danubio», los pueblos sencillos, que son justos, no necesitaban de príncipes para gobernarse, vivían en libertad. Esto era lo que iba a hacer posible el emperador: asegurar la justicia y someter a los tiranos que se apropiaban de la potestad que no les pertenecía [181]. Aunque parezca mentira, esta percepción idealizada arraigó con fuerza y Carlos V gozó, por sus actuaciones, de una insólita credibilidad como magistrado universal. No sin ironía, François Rabelais relataba en su correspondencia al obispo Maizellais la transformación de la corte imperial en corte de Italia. En diciembre de 1535 el emperador se hallaba en Nápoles y hacia allí acudieron todos los potentados italianos sin distinción. Lo que más sorprendió al escritor francés fue ver a los linajes que se habían significado en la oposición al emperador acudir ahora demandándole justicia, como era el caso de los exilados florentinos:

> «Entiendo que sus negocios no han sido resueltos por el Emperador como ellos esperaban y que el Emperador les ha dicho perentoriamente que a su requerimiento e instancia junto a la del buen Papa Clemente, su aliado y próximo pariente, había constituido a Alejandro de Médicis duque sobre las tierras de Florencia y Pisa y que jamás había pensado hacerlo ni lo hubiese hecho. Por otra pare, el despojarle sería un acto de bandidaje y quien hace las cosas puede deshacerlas. Por tanto, que se determinasen a reconocerle como su duque y señor y a obedecerle como vasallos y súbditos y que no le faltasen en nada. Con respecto a las quejas que presentaran contra dicho duque, que él resolvería en el acto, pues delibera, después de haber descansado en Roma algún tiempo, pasar a Siena y de allí a Florencia, a Bolonia, a Milán y a Génova»[182].

La credibilidad de dicha protección se hizo extensible incluso para los clientes del rey de Francia, lo cual hacía inútil la presencia de la diplomacia de Francisco I en la península: «Hoy por la mañana ha vuelto aquí el duque de Ferrara, que había ido a Nápoles ante el emperador. Aún no sé lo que ha conseguido con referencia a la investidura y reconocimiento de sus tierras (...). El señor de Limoges, que era en Ferrara embajador del rey, viendo que dicho duque, sin advertirle de su intento, había acudido ante el Emperador, se ha vuelto a Francia»[183].

Ahora bien, lo que afirmó el prestigio imperial hasta el punto de ser considerado como mediador y autoridad preeminente fue la exitosa campaña de Túnez. La guerra contra los turcos, emprendida por vez primera bajo la dirección personal del emperador, que se estrenó como jefe militar a la cabeza de sus ejércitos, tuvo una gran importancia en la definición de este nuevo panorama. Por una parte, oscureció la fama caballeresca de Francisco I, jefe guerrero que se exponía al frente de sus tropas, opuesto por la publicística antiimperial a Carlos V, presentado hasta entonces como un soberano distante y poco ejemplar, cuyo valor y destreza guerreras no se habían manifestado nunca: «è preso chi combatte e non chi fa combattere»[184]. Ahora, el emperador se mostraba de esta manera como un héroe victorioso que no dudaba en exponer su vida para defender a la Cristiandad y oponer su persona a la potencia otomana. Además, asumía no sólo la defensa del orbe cristiano, sino que muy particularmente hacía efectiva la protección de Italia al dirigir sus armas hacia Túnez, que amenazaba directamente al nudo de comunicaciones de los mares Tirreno, Egeo y Adriático, y por tanto a la seguridad de Italia.

Al regreso de Túnez, se orquestó toda una escenografía que hizo del viaje ceremonial del emperador por Italia un arma política formidable. Desde el desembarco en Sicilia el 22 de agosto de 1535 hasta la entrada en Florencia el 29 de abril de 1536, el viaje estuvo marcado por espectaculares entradas en las ciudades que jalonaban un itinerario cuidadosamente trazado, Messina, Palermo, Nápoles... cuyo epicentro lo constituyó

---

[181] J. A. MARAVALL, *Carlos V*..., págs. 148-149.

[182] François Rabelais al obispo Maizellais, Roma, 28 de enero de 1536, F. RABELAIS, *Gargantúa y Pantagruel y otros escritos*, ed. E. BARRIOBERO y L. HERNANDEZ ALONSO, Madrid 1967, pág. 902.

[183] F. Rabelais al obispo de Maizellais, Roma 30 de diciembre de 1535, *ibidem*, pág. 899.

[184] Esta frase de Pietro Aretino concordaba con una opinión generalizada, vid. carta de Aretino al rey de Francia, Roma 24 de abril de 1524, P. ARETINO, *op. cit.*, vol. I, págs. 108-110. La iconografía política de la Corte imperial centrará sus esfuerzos por despejar esta idea vid. Paulette GABAUDAN, *El mito imperial*, Valladolid 1998, págs. 33-37; F. CHECA, *Carlos V y la imagen...*, *op. cit.*, págs. ???-???.

Roma. El pontífice, Paulo III (elegido el 1 de noviembre de 1534) dispuso con sumo cuidado el recibimiento, transformando la fisonomía de la ciudad con un ambicioso programa urbanístico que aludía a los triunfos imperiales de la antigüedad, restaurando la *Vía Triumphalis*, para que el emperador pasara bajo los arcos de Severo, Constantino y Tito. Ciertamente el pontífice enfatizaba la imagen del César invictísimo, pero cuidando que éste fuera percibido como un nuevo Constantino, aludiendo a la protección de aquel con el respeto a la libertad de la Santa Sede, y de los pontífices como príncipes italianos. Por último, tras el paso por Siena, Florencia marcó el final de la apoteosis del emperador. Como ha subrayado Roy Strong, más que celebrarse la idea imperial se celebró sobre todo el «poder autocrático», es decir, el principado [185]. El viaje significó una modificación radical que afectó incluso al paisaje urbano de Roma o Florencia, exaltando al emperador a la vez que enfatizaba la función de los príncipes como cabeza de los estados y centro de la vida política y social de las ciudades, los rescoldos de republicanismo se evaporaban velozmente: «En la Rocca, que es una plaza fuerte a maravilla que el dicho duque de Florencia ha construido en Florencia, delante de la puerta de entrada ha hecho pintar un águila con las alas tan grandes como los molinos de Mirabelais como protestando y dando a entender que él no depende más que del Emperador. Y tan finamente ha procedido en su tiranía que los florentinos han atestiguado *nomine communitatis* al Emperador que no quieren más señor que él» [186].

El viaje ceremonial hizo que enraizara un nuevo concepto de equilibrio, fundado en el honor, el linaje y el patrimonio. Bajo el sencillo aserto con el cual Carlos V adornó su discurso leído en Roma en 1536, «que cada cual posea lo suyo», se consagraba el principio dinástico del norte europeo en la política italiana, solventó en buena medida su fragilidad (con el paso del tiempo el *principato nuovo* se convirtió en un recuerdo) y dio carta de naturaleza al principado como unidad política básica, fundado en la legitimidad de las casas gobernantes [187]. Las casas asociadas al emperador serán bien provistas de un capital de honor y de excelencia (orden del toisón de oro, títulos nobiliarios...) que dotará a sus linajes de *status* y legitimidad suficientes para garantizar su posesión de territorio y jurisdicción. El testimonio de Rabelais, nos remite de nuevo al trasfondo de las celebraciones: «Creo que de todas las Italias irán embajadores ante dicho emperador y sabrán desempeñar bien su papel para sacar dinero, como se ha descubierto de diez días a esta parte; pero yo estoy bien enterado de la fineza que él ha usado para con ellos en Nápoles» [188].

No iba muy descaminado al pensar que detrás de todo aquel aparato se apuntaba una nueva dominación, advirtiendo la solidez de los vínculos personales establecidos entre Carlos V y los potentados italianos. Cuando en 1536 se reanudaron las hostilidades con la casa de Valois se puso a prueba el nuevo «proyecto imperial» de Carlos V y se apreció la fortaleza del vínculo existente entre la «quietud» de Italia con la «devoción y amistad» del emperador con los potentados: «En todo el tiempo que el emperador se detuvo en Nápoles, que fueron más de cuatro meses, si bien en lo público no se entendía sino en fiestas y regocijos, en lo secreto se trataba muy de veras de la guerra que se había de hacer al rey Francisco» [189]. Brandi, y más recientemente Kohler, pensaron que el sistema fue diseñado exclusivamente contra un tercero, el rey de Francia, que perdía terreno y presencia en Italia, Jover, perspicazmente, vislumbraba el comienzo o los primeros esbozos de un proceso de hispanización. Silenciosamente, se estaba operando un cambio dentro del cambio, que trasladaba el ideal de Monarquía hacia un lugar muy distinto al soñado por Gattinara y que recordaba cada vez más a Fernando el Católico [190].

Esta reorientación llevó incluso a modificar o revisar la memoria de la política imperial en Italia. La primera advertencia de este giro, simbólicamente, la señala el *Diálogo de Mercurio y Carón*, escrito por Alfon-

---

[185] Vid. ROY STRONG, *Arte y poder. Fiestas del Renacimiento, 1450-1650*, Madrid 1988, págs. 87-96; M.A. VISCEGLIA, «El viaje ceremonial de Carlos V a Roma», ponencia leída el 5 de julio de 2000 en el *Congreso internacional, «Carlos V y la quiebra del humanismo político*, coordinado por el prof. J. MARTÍNEZ MILLÁN y que se celebró en la Universidad Autónoma de Madrid del 3 al 6 de julio de 2000 y cuyas actas están actualmente en prensa.

[186] F. Rabelais al obispo de Maizellais, Roma 15 de febrero de 1536, F. RABELAIS, *op. cit.*, pág. 909.

[187] V. DE CADENAS VICENT, *Discurso de Carlos V en Roma, 17-IV-1536*, Madrid 1983.

[188] F. Rabelais al obispo Maizellais, Roma 28 de enero de 1536, F. RABELAIS, *op. cit.*, págs. 903-904.

[189] P. DE SANDOVAL, *op. cit.*, vol. III, pág. 9.

[190] J. M. JOVER, *op. cit.*, págs. 174-178; K. BRANDI, *op. cit.*, págs. 291-306; A. KOHLER, *op. cit.*, págs. 253-267.

so de Valdés en 1530, en el cual se enlaza como un *continuum* la historia política desde Fernando el Católico hasta los desafíos de los reyes de Inglaterra y Francia a Carlos V en 1528 [191]. La década de 1530 es el momento, como indica Jover, en que se toma conciencia de que la defensa de los intereses del emperador y de su Casa descansan fundamentalmente en los recursos de Castilla y la política del Imperio debe hacerse grata, y atractiva, para las elites castellanas, lo cual se resume con el famoso comentario que hiciera a su hermano Fernando en 1540: «Je ne puis estre soubstenu sinon de mes royaumes d'Espagne»[192].

Retrospectivamente, el emperador y sus consejeros, se preocuparon por cambiar y dirigir hacia una sóla lectura los hechos acaecidos en el reinado, radicada desde la perspectiva española. Durante la campaña de Túnez, el emperador estuvo acompañado por el pintor flamenco Jan Vermeyen, que tenía encomendada la misión de recoger en imágenes los hechos gloriosos de una gesta, no se olvide, que contemplaba por vez primera a Carlos V al frente de sus ejércitos, como emperador cristiano en campaña contra los infieles. Vermeyen era afortunado, en 1535, muchos intelectuales y artistas hubieran deseado gozar del favor del emperador y acompañarle para dar testimonio de aquella campaña, algunos, que no tuvieron el privilegio de viajar a Túnez, se las compusieron para obtener noticias fidedignas con las que llamar la atención de la munificencia del soberano presentando piezas de mejor factura que la de sus artistas oficiales. Así, el escritor italiano Paolo Giovio quiso ganar el patrocinio imperial redactando una crónica que bien pudiera en lo literario constituir el equivalente narrativo de las imágenes de Vermeyen, sin embargo su relato fue acogido con disgusto en la corte cesárea. La razón fue que a juicio del soberano y sus consejeros, Giovio no había sabido apreciar en sus justos términos la importancia de las acciones del soberano y sus tropas, lo cual resulta chocante al tratarse de una obra indisimulablemente laudatoria. A través de diversos intermediarios, Carlos V hizo saber sus objeciones, en las cuales se sugería que debía darse un mayor relieve al protagonismo español en la campaña. Finalmente, el emperador optó por conferir el encargo de redactar la crónica a Luis de Ávila y Zúñiga, ajustada a las instrucciones del soberano y se le encomendó, así mismo, que corrigiese el relato de Giovio antes de su publicación. El relato de Ávila fue el guión utilizado por Vermeyen para pintar sus cartones, reelaborando sus impresiones tomadas en directo. En 1548, Willem Pannemaker comenzó a trasladar a tapices los cartones de Vermeyen, un conjunto laboriosamente realizado y que no concluyó hasta 1554. Vermeyen y Pannemaker modificaron y concluyeron el significado último de la campaña, que se alejó de toda significación italiana para darle un carácter eminentemente hispano, los carteles explicativos de las acciones estaban redactados en español y no en latín, España se realzaba como socorro y defensa de Italia y se ajustaba una nueva narración que vinculaba a ambas penínsulas bajo la tutela ibérica [193].

Esta visión retrospectiva, reivindicaba un protagonismo que estaba lejos de ser una impostura, las capitulaciones con el rey de Túnez se redactaron en árabe y español, el apóstol Santiago fue objeto de una especial significación en la empresa y, por último, la conclusión del viaje ceremonial en Roma no pudo ser más llamativo, al dirigirse el emperador al pontífice y a la Curia en español [194]. En aquel tiempo, la política italiana de Carlos V fue colocándose de manera progresiva en manos de un nuevo grupo de servidores que fueron ocupando la jefatura de sus legaciones en las cortes de los príncipes y repúblicas de aquella península, como fueron Pedro Zapata de Cárdenas, quien negoció la boda de la hija de Carlos, Margarita, con Alejandro de Médicis en 1536; Luis Sarmiento, embajador en Monferrato entre 1530 y 1532. En Florencia la representación del emperador fue ejercida por el conde de Cifuentes y el marqués de Aguilar, pero de manera más permanente don Lope Hurtado de Mendoza hasta 1538, cuando fue relevado por don Juan de Luna; en Luca estuvo el catalán Juan Abril de Marzilla [195], mientras que en Saboya estuvo Gutierre López de Pa-

[191] «Pues que assí es, está atento, y porque mejor me entiendas de muy lexos quiero començar. Has de saber que muerto un rey de España llamado Fernando que para sy y sus successores ganó nombre de Católico porque este fue el que acabó de echar a los moros de España que la ocuparon y señorearon por muchos tiempos, sucedió en todos aquellos Reynos de España un Carlos, su nieto, que agora es Emperador...», A. de VALDÉS, *Diálogo de Mercurio y Carón*, ed. J. V. RICAPITO, Madrid 1993, págs. 90-91.

[192] J.M. JOVER, *op. cit.*, págs. 189-197.

[193] William EISLER, «Arte y estado bajo Carlos V», *Fragmentos*, núm. 3 (Madrid 1984), págs. 21-39; T. C. PRICE ZIMMERMANN, «The publication of Paolo Giovio's Histories: Charles V and the revision of book XXXIV», *La bibliofilia*, vol. 74 (1972), págs. 49-90.

[194] Todo esto lo relata P. de Sandoval en su crónica (*op. cit.*, vol. II, págs. 558-561, y vol. III, pág. 12).

[195] E. ROMERO GARCÍA, *El imperialismo hispánico en la Toscana durante el siglo XVI*, págs. 53-61.

dilla hasta 1538, en que fue sustituido por Luis de Ávila y Zúñiga, gentilhombre de su cámara; en Siena, don Lope de Soria a partir de 1529. Finalmente, en la Santa Sede, además de las numerosas embajadas particulares que se enviaron, en 1532 fue nombrado embajador permanente don Fernando de Silva [196]. Unos y otros llevaron a cabo la política del emperador hasta 1547, poniendo las bases de una tendencia hispanizadora que analizaremos más adelante [197].

[196] M. A. OCHOA BRUN, págs. 223-227.
[197] K. BRANDI, *Kaiser Karl V.* München 1941, II, 381.